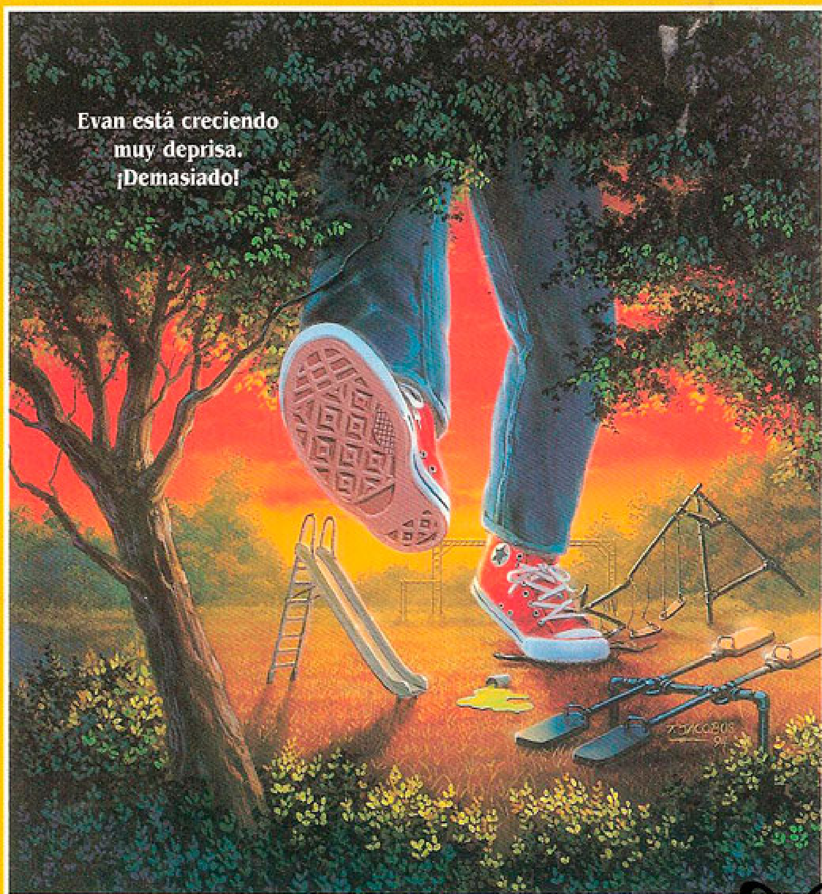
R.L. Stine

Pesadillas

Sangre de monstruo III



Evan y Kernit son los primos más distintos que se pueda imaginar. Evan se divierte con los juegos propios de su edad. Por lo contrario, a Kernit no le interesan ni los videojuegos. Lo único que le gusta es refugiarse en sótano para realizar extraños experimentos y gastar bromas pesadas a Evan y a su amigo Andy. Pero Andy ha encontrado algo con que dar una lección a Kermit de una vez por todas. Es algo verde y viscoso. Y en la etiqueta de la lata se puede leer… ¡Sangre de monstruo!



R. L. Stine

Sangre de Monstruo III

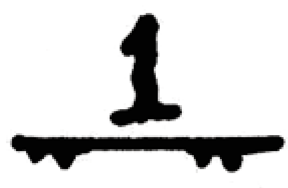
Pesadillas — 21

ePub r1.0
javinintendero 12.10.13

Título original: *Goosebumps #29: Monster blood III*
R. L. Stine, 1996
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.0





—¡La Sangre de Monstruo está creciendo otra vez!

Evan Ross miró fijamente la temblorosa pasta verde que había en el camino particular de su casa. Parecía un enorme charco de pegajoso chicle verde y era más grande que un balón de playa. ¡Incluso dos balones de playa! La masa verde temblaba y se estremecía como si jadeara, al tiempo que hacía un asqueroso ruido de chupeteo. De pronto comenzó a botar.

Evan retrocedió. ¿Cómo se había salido del tarro aquel mejunje? ¿Quién lo había dejado en el camino de su casa? ¿Quién había abierto el tarro?

Evan sabía que en cuanto la Sangre de Monstruo se ponía a crecer, no había quien la parase. Crecería y crecería devorándolo todo a su paso. El pobre Evan lo sabía por propia experiencia.

Había visto cómo una gigantesca mole de Sangre de Monstruo se tragaba a un niño entero. También había visto lo que le pasó a su perro *Trigger* cuando comió Sangre de Monstruo. El cocker spaniel había crecido sin parar y se había hecho tan grande que hasta agarró a Evan entre los dientes para enterrarlo en el jardín.

Un pequeño pegote de Sangre de Monstruo había convertido a *Cuddles*, el diminuto hámster de la clase de Evan, en un monstruo feroz. El hámster gigante, más grande que un gorila, había recorrido el colegio destrozándolo todo a su paso.

«Este mejunje es peligroso —pensó Evan—. ¡Es la pasta verde más peligrosa del mundo!» ¿Cómo había llegado hasta su casa? ¿Y qué se podía hacer ahora?

La pasta rebotó e hipó sin dejar de hacer ruiditos asquerosos. Al botar se le iban pegando ramitas y gravilla del camino, que acababan siendo absorbidas hacia el centro de la húmeda y gigantesca bola.

Evan retrocedió otro paso y la bola echó a rodar.

—Oh, nooooo —gimió roncamente—. Por favor. Nooooo.

La Sangre de Monstruo avanzaba hacia Evan, cada vez más deprisa. El muchacho había dejado un patín fuera de la casa, y la pasta verde lo devoró con un fuerte *gluuup*.

Evan tragó saliva.

—¡Y… y ahora viene a por mí! —balbució en voz alta.

«Ni hablar —se dijo—. ¡Yo me largo!» Dio media vuelta dispuesto a salir corriendo… y tropezó con el otro patín.

—¡Ay! —gritó. Había caído sobre los codos y se había hecho un daño espantoso. Movió los brazos para aliviar el dolor, se puso de rodillas y se dio la vuelta justo a tiempo de ver la enorme bola verde que se le echaba encima.

Abrió la boca para chillar, pero el grito se le quedó en la garganta. La masa verde le tapaba toda la cara. Evan agitó los brazos y las piernas, pero el pegajoso mejunje verde lo envolvía entero y tiraba, tiraba de él…

«¡No puedo respirar!»

Y entonces, todo se volvió verde.



—Evan, deja de soñar y cómete la gelatina —le regañó la señora Ross.

Evan sacudió al cabeza. La fantasía le había parecido tan real que la voz de su madre le sonaba muy lejana.

—Evan, espabila, que vas a llegar tarde.

—Oye… mamá —dijo él en un susurro—. ¿Podrías hacerme un gran favor?

—¿Qué favor? —preguntó su madre armándose de paciencia mientras se recogía el pelo rubio en una coleta.

—No vuelvas a ponerme gelatina verde nunca más. ¿No podrías comprarla de otro color? —Evan se quedó mirando el brillante y trémulo flan de gelatina verde que tenía delante, sobre el mostrador de la cocina.

—Pero Evan, mira que eres raro —replicó la señora Ross poniendo los ojos en blanco—. Venga, date prisa. Tu primo Kermit debe de estar esperándote.

—Kermit estará muy ocupado haciendo estallar su casa —contestó Evan de mal humor. Al sacar la cucharilla de la gelatina, ésta hizo un asqueroso chasquido.

—Razón de más para que te des prisa en llegar —repuso su madre cortante—. Eres el responsable de él, Evan. Estás a cargo de tu primo hasta que llegue su madre del trabajo.

Evan apartó la gelatina.

—No me la puedo comer —murmuró—. Me recuerda la Sangre de Monstruo.

La señora Ross puso cara de malos amigos.

—No me menciones esa pasta pegajosa.

Evan se levantó del taburete y la señora Ross le alborotó suavemente el pelo rizado de color zanahoria.

—Está muy bien que ayudes a tu tía Dee —dijo—. La verdad es que no puede permitirse pagar una canguro.

—¡Kermit no necesita un canguro, sino un domador! —gruñó Evan—. Con una silla y un látigo, como los del circo.

—Kermit te admira mucho —insistió la señora Ross.

—¡Ya! —exclamó Evan—. Menudo chiflado. Es increíble que sea mi primo.

—Kermit no es un chiflado. Es un genio —afirmó su madre—. Sólo tiene ocho años y ya es un genio de la ciencia.

—Sí, sí, menudo genio está hecho —masculló Evan—. Mamá, ayer mi primo me fundió las zapatillas de deporte.

La señora Ross abrió sus ojos azules con gesto de sorpresa.

—¿Qué dices?

—Preparó una de sus pócimas. Era un líquido amarillo brillante que según él iba a reforzar las zapatillas para que no se gastaran nunca.

—¿Y le dejaste que te lo echara en las zapatillas?

—No tuve más remedio —replicó tristemente Evan—. Tengo que hacer todo lo que se le antoja, porque si no le dice a tía Dee que me porto mal con él.

La señora Ross movió la cabeza.

—Por eso volviste ayer descalzo.

—Mis zapatillas siguen pegadas en el suelo del sótano de Kermit —informó Evan—. Se me derritieron en los pies.

—Oye, ten cuidado, ¿vale?

—Sí, claro. —Evan se puso la gorra de los Braves de Atlanta y se despidió de su madre.

Era un cálido día de primavera. Dos mariposas, amarillas y negras, revoloteaban entre las flores del jardín. Las hojas nuevas de los árboles brillaban al sol.

Evan se detuvo al final del camino, se bajó la gorra para protegerse los ojos de la luz y miró hacia el final de la calle, esperando ver a su amiga Andy.

No había ni rastro de ella. Decepcionado, le dio una patada a una piedra y echó a andar hacia la casa de Kermit. Su tía Dee, la madre de Kermit, le pagaba tres dólares la hora por cuidar de Kermit todas las tardes después del colegio. «¡Trescientos dólares la hora le debería pagar!», pensó enfadado.

Pero el dinero le venía de miedo. Estaba ahorrando para comprarse un *Walkman* nuevo, porque *Trigger* había confundido el viejo con un hueso. Pero lo que estaba claro es que no le regalaban el dinero. Kermit era imposible. Era el adjetivo que mejor le iba: imposible.

No quería saber nada de videojuegos, no quería ver la televisión, no quería salir a jugar a la pelota o al *frisbee*. Ni siquiera quería ir al pequeño colmado de la esquina para hartarse de caramelos y patatas fritas.

Lo único que quería era estar en su oscuro y húmedo laboratorio del sótano para mezclar potingues químicos. Sus «experimentos», como los llamaba él. «Tengo que hacer mis experimentos», decía.

«Puede que sea un genio —pensó Evan con amargura—, pero no por eso deja de ser imposible.»

Desde luego Evan no se lo pasaba nada bien con su trabajo de canguro. De hecho ya había soñado varias veces que Kermit fundía el suelo del sótano con sus pociones igual que había fundido las zapatillas de deporte.

Algunas tardes Andy le acompañaba, con lo cual el trabajo se hacía un poco más agradable. Andy también opinaba que Kermit estaba bastante chiflado, pero por lo menos, cuando ella estaba, Evan podía hablar de otros temas que no fueran cómo mezclar pirita alumínica con clorobenzadrato de sodio.

Evan cruzó la calle y se encaminó hacia la casa de Kermit pasando por distintos jardines. «¿Qué le pasará a ese niño? —se preguntó—. ¿Qué le verá de divertido a eso de andar preparando pociones? ¿Por qué se pasa la vida mezclando una cosa con otra? ¡Ahora me da no sé qué con sólo mezclar la leche con el chocolate!»

La casa de Kermit apareció a la vista. Era un edificio blanco de dos pisos con un tejado negro inclinado. Evan aceleró el paso. Llegaba quince minutos tarde y confiaba en que Kermit no se hubiera metido ya en algún lío.

Acababa de abrirse camino por el espinoso seto que bordeaba el jardín de Kermit, cuando una conocida voz ronca lo dejó petrificado.

—¿Estabas mirando mi jardín, Evan?

—¿Eh? —Evan reconoció la voz de inmediato. Era la del vecino de Kermit, un chico de su mismo colegio llamado Conan Barber, aunque todos le llamaba Conan *el Bárbaro* porque seguramente era el niño más grande y más malo de todo Atlanta, tal vez de todo el universo.

Conan estaba sentado sobre una alta tapia blanca que separaba los jardines. Tenía sus gélidos ojos azules clavados en Evan.

—¿Estabas mirando mi jardín? —repitió.

—¡Nada de eso! —replicó Evan con voz chillona.

—Estabas mirando mi jardín. Eso es allanamiento de morada —le acusó Conan. Bajó de un brinco de la tapia. Era muy alto y atlético, y su pasatiempo favorito era ponerse a saltar sobre los niños después de haberlos dejado tirados en el suelo de una paliza.

Conan llevaba una camiseta gris sin mangas, unos gastados vaqueros cortos y tenía una expresión malvada en el rostro.

—Oye, espera un momento, Conan —protestó Evan—. Estaba mirando el jardín de Kermit. ¡Yo nunca miro tu jardín! ¡Nunca!

Conan se acercó, sacó pecho y le golpeó con tanta fuerza que Evan retrocedió tambaleándose. Era el otro pasatiempo de Conan: dar golpes con el pecho, y éste parecía más bien un camión.

—¿Y por qué no miras mi jardín? —preguntó—. ¿Es que le pasa algo? ¿Tan feo es para que no lo mires nunca?

Evan tragó saliva y empezó a darse cuenta de que tal vez Conan estuviera buscando pelea a toda costa. Sin embargo, antes de que pudiera contestar, se oyó una voz estridente:

—¡Este es un país libre, Conan!

—¡Oh, nooo! —gimió Evan cerrando los ojos.

Su primo Kermit salió de detrás de él. Era un niño pequeña)o y flaco, con el pelo muy rubio y unos ojos muy redondos tras unas grandes gafas de plástico rojo. Evan siempre decía que su primo parecía un ratoncito con gafas.

Kermit llevaba unos enormes pantalones cortos rojos que le llegaban casi a los tobillos y una camiseta roja y negra de los

Braves. Las mangas cortas le cubrían hasta los codos de sus esqueléticos brazos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Conan mirándole amenazador.

—¡Que éste es un país libre! —repitió Kermit con su voz de pito —. ¡Evan puede mirar el jardín que le dé la gana!

Conan soltó un furioso rugido y avanzó pesadamente con intención de machacarle la cara a Evan. El chico se volvió hacia su primo.

—Muchas gracias —le dijo—. Muchas gracias por tu ayuda.

—¿Por qué lado quieres que te rompa la nariz? —le preguntó Conan a Evan—. ¿Por la izquierda o por la derecha?

3

—¡No lo hagas! —chilló Kermit con su vocecilla de rata.

Conan ya había levantado un puño mientras con la otra mano tenía agarrado a Evan por la camiseta. Entonces miró ceñudo a Kermit.

—¿Por qué no? —rugió.

—¡Porque tengo esto! —declaró Kermit.

—¿Eh?

Conan soltó a Evan y se quedó mirando el tubo de ensayo que Kermit había levantado con las dos manos. Estaba medio lleno de un líquido azul oscuro.

Conan suspiró, se arregló el pelo rubio y ondulado con su enorme manaza y miró a Kermit entornando sus ojos azules.

—¿Qué es eso, tu biberón?

—Ja ja —dijo Kermit con sarcasmo.

«Como Kermit no se calle nos la vamos a ganar los dos —pensó Evan—. ¿Qué se le habrá ocurrido ahora al monstruito?»

Le tiró de la manga, intentando apartarlo de Conan, pero Kermit, sin hacer ni caso, acercó el tubo de ensayo a la cara del matón.

—Es la Fórmula Invisible —dijo—. Si te la echo encima desaparecerás.

«¡Los que vamos a desparecer somos nosotros! —se dijo Evan, desesperado, mirando en torno al jardín—. A lo mejor puedo saltar por encima del seto antes de que Conan me atrape. Si paso la siguiente casa y salgo a la calle ya estaré a salvo.»

¿Pero estaría bien dejar a Kermit a merced de Conan? Evan suspiró. No podía dejar abandonado a su primo, aunque él mismo se lo estuviera buscando.

—¿Me vas a volver invisible con ese potingue? —preguntó Conan con una risa de desdén.

Kermit asintió con la cabeza.

—Si te echo encima unas gotas desaparecerás. De verdad. La he inventado yo, y funciona. Es una mezcla de dioxinato de teflón y parasulfidina de magnesio.

—Sí, ya —masculló Conan mirando el líquido—. ¿Y qué le has echado para que se ponga azul?

—Colorante alimentario —replicó Kermit y, bajando la voz para hacerse el duro, añadió—: Más vale que te vayas a tu casa, Conan. No quiero tener que utilizar esto contigo.

«¡Madre mía! —pensó Evan, tapándose la cara con la visejra de la gorra—. ¡Mejor no verlo! Va a ser un auténtico desastre. Kermit es tonto, el pobre.»

—Venga, inténtalo —oyó que decía Conan.

Evan se levantó la visera.

—Oye, Kermit… quizá deberíamos entrar ya en casa —susurró.

—Venga, hazme invisible —le desafió Conan.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, quiero ser invisible. Venga, Kermit, échamelo encima y hazme desaparecer. A ver si te atreves.

Kermit levantó el tubo de ensayo sobre la camiseta gris que cubría el ancho pecho de Conan.

—¡No, Kermit! —suplicó Evan—. ¡No, por favor! —Intentó frenéticamente coger el tubo.

Pero era demasiado tarde. Kermit había volcado el espeso líquido azul sobre la camiseta de Conan.

4

Evan vio de reojo una mariposa sobre el seto. «Ojalá fuera yo una mariposa —pensó—. Ojalá pudiera abrir las alas y salir volando lo más lejos posible.»

El líquido azul chorreaba por la camiseta de Conan. Los tres se lo quedaron mirando en silencio.

—¿Qué? No desaparezco —murmuró Conan mirando a Kermit con suspicacia.

En ese momento su camiseta empezó a encoger.

—¡Eh! —gritó furioso. Intentó quitársela, pero la prenda se hacía cada vez más diminuta—. ¡Me… me ahogo! —chilló.

—¡Guau! —exclamó Kermit con los ojos brillantes de emoción —. ¡Qué guay!

Evan vio sorprendido cómo la camiseta se convertía en un diminuto trapo antes de desvanecerse por completo y dejar a Conan con el torso desnudo.

Se produjo un tenso silencio. Los tres se quedaron un instante mirando el ancho pecho de Conan.

—Era mi camiseta favorita —masculló, dirigiéndose a Evan.

—Oh oh.

—Pues a mí me gusta tu nariz así —le dijo Andy—. Es como si se doblara hacia los dos lados a la vez.

—Supongo que se me volverá a poner como antes —replicó Evan, tocándosela con ternura—. Por lo menos ya no me duele tanto —suspiró—. Los arañazos y los moratones también se me irán. Con el tiempo.

Habían pasado dos días. Evan estaba sentado frente a Andy en el comedor del colegio y miraba tristemente el bocadillo de atún que le había preparado su madre. No lo había tocado. Todavía no podía abrir bien la boca porque la mandíbula se le iba de un lado a otro en lugar de subir y bajar.

Andy se limpió de la mejilla un poco de ensalada. Tenía el pelo castaño y corto, y unos grandes ojos marrones que miraban fijamente a Evan.

Andy no vestía como las demás niñas de su clase de sexto. Le gustaban los colores vivos, muy vivos. Ese día llevaba un chaleco amarillo sobre una camiseta carmesí y unos pantalones naranja.

Cuando Andy fue a vivir a Atlanta, a principios del curso, algunos niños se burlaron de sus vistosas ropas, pero ya no se reía nadie. Ahora todos estaban de acuerdo en que Andy tenía clase. Algunas chicas incluso la imitaban.

—¿Y qué pasó después de que Conan *el Bárbaro* te hiciera papilla? —Andy sacó un puñado de patatas de su bolsa y se las fue metiendo de una en una en la boca.

Evan mordisqueó el bocadillo y, tras tragar con dificultad, respondió:

—Conan me hizo prometer que no volvería a mirar su jardín. Tuve que jurarlo con la mano en alto. Luego se marchó. —Evan suspiró y se tocó de nuevo la nariz hinchada—. Kermit me ayudó a entrar en su casa y poco después llegó mi tía Dee.

—¿Y entonces? —preguntó Andy, estrujando la bolsa vacía de patatas.

—Pues al verme hecho una piltrafa preguntó qué había pasado. —Evan movió la cabeza con el ceño fruncido—. Y antes de que yo pudiera decir nada, esa rata de Kermit se fue del pico y soltó: «Evan se ha peleado con Conan.»

—Madre mía —murmuró Andy.

—Y mi tía va y me dijo: «Evan, si te vas a dedicar a pelearte en lugar de cuidar de Kermit, tendré que hablar con tu madre. Puede que no seas bastante mayor para este trabajo.»

—Madre mía —repitió Andy.

—¡Y todo por culpa de Kermit! —exclamó él, dando tal puñetazo en la mesa que volcó su vaso y la leche se derramó por la mesa y

por sus pantalones. Evan estaba tan hecho polvo que ni siquiera se apartó—. ¿Sabes qué es lo peor? —añadió—. ¿Lo peor de todo?

—¿Qué?

—Que Kermit lo hizo a propósito. Sabía perfectamente cuál era el efecto de su poción, sabía que encogería la camiseta de Conan. Estaba deseando que ese matón me pegara. Lo hizo todo para meterme en un lío.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la sonrisa —repuso Evan.

—¿Cómo? ¿Qué sonrisa?

—La de Kermit. ¿No sabes esa sonrisa que tiene, con los dos dientes salidos? Pues era la que tenía cuando me ayudó a entrar en casa.

Andy dio un chasquido con la lengua y Evan se terminó un trozo del bocadillo de atún.

—¿No se te ocurre decir nada más? —saltó.

—¿Qué quieres que diga? —replicó Andy—. Tu primo Kermit es un monstruito. Creo que deberías darle una lección, vengarte de él.

—¿Eh? —Evan se la quedó mirando—. Pero ¿cómo?

Andy se encogió de hombros.

—No lo sé. A lo mejor… pues… —De pronto le llamearon los ojos—. ¡Ya está! ¿No merienda todos los días al salir del colegio? Podrías meterle algo de Sangre de Monstruo en la merienda.

Evan tragó saliva y se levantó de un brinco.

—¡De eso nada! ¡Ni hablar, Andy! —protestó a voz en cuello.

Varios chicos se volvieron a mirarle, sobresaltados por sus gritos.

—¡Ni pensarlo! —prosiguió él, sin hacer caso—. Nada de Sangre de Monstruo. Nunca más. ¡No quiero ni volver a oír hablar de eso!

—¡Vale, vale! —exclamó Andy levantando las manos como si quisiera defenderse de él.

—A propósito —dijo Evan, un poco más tranquilo—. ¿Dónde está la Sangre de Monstruo? ¿Dónde la escondiste? No habrás hecho nada con ella, ¿no?

—Bueno… —Andy bajó los ojos y esbozó una malévola sonrisa —. He puesto un poco en el bocadillo de atún que te acabas de comer.



Evan lanzó tal chillido que dos niños se cayeron de sus sillas y otros dos tiraron la bandeja del almuerzo.

—¡Tú... tú... tú! —gritó con los ojos fuera de las órbitas y la voz más estridente que el silbato del profesor de gimnasia.

Andy se echó a reír y señaló la silla.

—Siéntate, Evan. Era una broma.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Era una broma. La Sangre de Monstruo está en casa, sana y salva.

Evan lanzó un hondo suspiro y se dejó caer en la silla, sin reparar si quiera en el charco de leche que había encima.

—Annnndrea —dijo, abatido—. Annnndrea, no ha tenido ninguna gracia.

—Sí que la ha tenido —insistió ella—. Y no me llames Andrea, ya sabes que no me gusta nada.

—Andrea, Andrea, Andrea —repitió Evan para vengarse. Luego la miró muy serio y con los ojos entornados—. ¿De verdad tienes escondido el nuevo tarro de Sangre de Monstruo que te mandaron tus padres de Europa?

Andy asintió con la cabeza.

—Al fondo de la última repisa de un armario del sótano. El bote está bien cerrado y no hay forma de que el pringue salga de ahí.

Evan seguía mirándola fijamente.

—¡No me mires así! —exclamó Andy. Hizo una pelota con el papel de aluminio del bocadillo y se la tiró—. Te estoy diciendo la

verdad. La Sangre de Monstruo está bien escondida, no tienes por qué preocuparte.

Evan se relajó y sacó de su mochila una tarrina de gelatina.

—Me debes una —dijo.

—¿Cómo?

—Me debes una por la broma tan idiota que me has gastado.

—¿Ah, sí? ¿Qué tengo que hacer? —preguntó Andy.

—Venir conmigo después de clase a casa de Kermit.

Andy puso cara de asco.

—Por favor —añadió Evan.

—Vale. Kermit no se porta tan mal cuando voy yo.

Evan levantó la gelatina.

—¿La quieres? Le tengo dicho a mi madre que no la compre verde.

Después del colegio, Evan y Andy se encaminaron hacia casa de Kermit. Era un día gris y amenazaba lluvia. Había mucha humedad en el aire.

Cuando cruzaron la calle, Evan quiso atajar por los jardines, pero de pronto se detuvo.

—Vamos por delante —dijo—. Puede que Conan nos espere por el otro lado.

—No pluralices —murmuró Andy. Se cambió la mochila de hombro y se rascó el brazo—. Ay. Mira.

Evan miró el enorme bulto rojizo que tenía Andy en el brazo derecho.

—¿Qué ha sido? ¿Un mosquito?

Andy seguía rascándose.

—Supongo. Pica como un demonio.

—Es mejor que no te lo rasques —le advirtió Evan.

—Gracias, doctor —replicó ella con retintín, y se puso a rascarse más fuerte sólo para fastidiar.

Cuando llegaron a casa de Kermit empezaban caer las primeras gotas de lluvia. Evan abrió la puerta y entró en el cuarto de estar.

—Kermit, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. De pronto le llegó una vaharada de olor agrio y se tapó la nariz con los dedos.

—¡Agh! ¿Hueles eso?

Andy asintió con cara de asco.

—Me parece que viene del sótano.

—Seguro —masculló Evan—. Kermit debe de estar en su laboratorio.

Tapándose la nariz, empezaron a bajar por las escaleras.

—¿Kermit? ¡Eh, Kermit! ¿Qué estás haciendo? —gritó Evan.

El sótano estaba dividido en dos partes. A la derecha estaba el lavadero y la caldera. A la izquierda había montado Kermit su laboratorio en la pared del fondo.

Evan entró a toda prisa y vio a Kermit detrás de su mesa, con varios tubos de ensayo llenos de líquidos de colores.

—Kermit, ¿qué es ese olor tan asqueroso? —preguntó.

Mientras Evan y Andy se acercaban corriendo a la mesa, Kermit vertió un líquido amarillo en otro verde.

—¡Oh oh! —gritó, mirando la burbujeante mezcla con las pupilas dilatadas de horror—. ¡Corred! —exclamó—. ¡Salid, deprisa! ¡Esto va a explotar!



El líquido bullía y gorgoteaba. Kermit se metió debajo de la mesa. Evan lanzó un grito de horror, se dio media vuelta, cogió a Andy de la mano y echó a correr hacia las escaleras.

Pero apenas había dado un paso cuando tropezó con *Dogface,* el perro pastor de Kermit.

—¡Aah! —Evan se cayó encima del perro y aterrizó de narices en el suelo. Se quedó sin respiración y la cabeza le daba vueltas.

—¡Va a explotar! —El chillido de Kermit le resonaba en los oídos. Consiguió por fin respirar hondo y se incorporó sobre una rodilla.

Al volverse hacia la mesa del laboratorio vio a Andy en mitad de la sala, con las manos en la cintura.

—¡Andy, esto va a explotar! —resolló él.

La niña puso los ojos en blanco.

—Venga ya, Evan —murmuró moviendo la cabeza—. ¿De verdad te lo has tragado?

—¿Eh? —Evan miró la larga mesa de cristal. Kermit se había incorporado, estaba apoyado con los dos codos en ella, y tenía su característica sonrisa en la cara. Aquella sonrisa torcida con los dientes salidos, la sonrisa que Evan más odiaba en el mundo.

—Sí, Evan —dijo Kermit, imitando a Andy—, ¿de verdad te lo has tragado? —Estalló en carcajadas. Tenía una risa estridente que parecía el chillido de un cerdo.

Evan se levantó mascullando entre dientes. *Dogface* dio un hipido y comenzó a jadear ruidosamente con la lengua fuera.

—En realidad no me lo había creído. Sabía que era una de las bromitas de Kermit, pero quería ver qué hacías tú.

—Claro. —Andy volvió a mirar al techo. Llevaba toda la tarde poniendo los ojos en blanco, pensó Evan.

Se acercaron a la mesa, que estaba atestada de botellas y tubos de ensayo, cubetas y tarros, todos llenas de líquidos de colores.

Detrás de la mesa había una estantería alta atiborrada también de botellas y frascos de líquidos y productos químicos. Las mezclas de Kermit.

—Sólo me he retrasado unos minutos —le dijo Evan a Kermit—. De ahora en adelante no hagas nada hasta que yo llegue. —Husmeó el aire—. ¿Qué es esa peste?

Kermit sonrió.

—¡Yo no la había notado hasta que viniste tú!

—Oye, ya está bien —mascculló Evan.

Andy se rascó la picadura de mosquito.

—Sí, basta de bromitas, Kermit.

El perrazo volvió a hipar.

—Estoy preparando una fórmula para curarle el hipo a *Dogface* —anunció Kermit.

—¡De eso ni hablar! —saltó Evan—. No voy a dejar que le des al perro uno de tus brebajes.

—Es un remedio muy simple para el hipo. —Kermit vertió un líquido azul sobre uno verde—. Es sólo harpositrato de maglesio y ribotusal politorbirtal. Con un poco de azúcar, para que esté más dulce.

—Ni hablar —dijo Evan—. *Dogface* no va a beber otra cosa que no sea agua. Es demasiado peligroso.

Kermit siguió mezclando productos químicos sin hacerle caso.

—¿Qué te pasa en el brazo? —le preguntó a Andy.

—Una picadura de mosquito enorme. Me pica un montón.

—¿A ver?

Andy le miró suspicaz.

—¿Para qué?

—Enséñamela —insistió Kermit.

—Es sólo una picadura.

—Todavía me queda un poco de poción de encoger, la que

encogió la camiseta de Conan.

—No me lo recuerdes —gimió Evan.

—Te encogeré la picadura de mosquito. —Ker-mit cogió el tubo de ensayo.

—¿Que me vas a echar ese potingue encima? —exclamó Andy—. ¡Ni lo sueñes!

Intentó apartarse, pero Kermit la cogió del brazo y le vertió el líquido, que se extendió sobre la picadura.

—¡No! —chilló Andy.

7

—¡Mi brazo! ¿Qué me has hecho?

Evan se lanzó hacia ella, casi tropezando con el perro otra vez, y le examinó el brazo.

—Ha… ha… —balbució.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Andy—. ¡La picadura ha desaparecido!

Evan se le quedó mirando el brazo. La piel estaba totalmente tersa, con algunas gotas de líquido azul.

—¡Kermit, eres un genio! —gritó Andy—. ¡Tu potingue me ha curado la picadura!

—Ya te lo dije. —Kermit sonrió encantado.

—¡Te podías hacer rico! —prosiguió ella—. ¿No te das cuenta de lo que has hecho? ¡Has inventado el mejor remedio del mundo contra las picaduras!

Kermit inclinó el tubo a un lado y otro.

—No queda mucho —dijo en voz baja.

—Pero puedes hacer más, ¿no? —le preguntó Andy.

Kermit frunció el entrecejo.

—No lo sé muy bien. Quizá sí, pero es que no escribí la fórmula.

Se quedó mirando el tubo casi vacío, rascándose el pelo y con la nariz arrugada como un ratón.

Dogface hipó de nuevo y a continuación lanzó un aullido. Era evidente que el pobre animal lo estaba pasando fatal. *Dogface* era un perro bastante grande y su hipo era tan violento que agitaba todo su cuerpo como un terremoto.

—Mejor me pongo a trabajar en el remedio contra el hipo —anunció Kermit, cogiendo algunos productos químicos de la estantería.

—Oye, espera un momento —le interrumpió Evan—. Ya te he dicho que no voy a permitir que le des nada al perro. La tía Dee me mataría si…

—¡Venga, déjale que lo intente! —terció Andy, frotándose el brazo—. Kermit es un genio y los genios tienen que hacer sus experimentos.

Evan la miró furioso.

—¿Tú de qué lado estás? —preguntó en un susurro.

Andy sacó unos papeles de su mochila azul y naranja.

—Yo me voy a poner con los deberes de matemáticas mientras Kermit prepara el remedio contra el hipo.

A Kermit se le iluminaron los ojos tras las gafas.

—¿Matemáticas? ¿Tienes problemas de matemáticas ?

—Es un examen de ecuaciones. Muy difícil.

Kermit dejó los productos químicos y los tubos y salió corriendo de detrás de la mesa.

—¿Me dejas que haga yo los problemas, Andy? —preguntó ansioso—. Me encantan los problemas de matemáticas.

Andy hizo un rápido guiño a Evan y él frunció el ceño y movió la cabeza.

¡Por eso había sido Andy tan simpática con Kermit! Era un truco, pensó Evan.

A Kermit le resultaban irresistibles los problemas de matemáticas. Sus padres le compraban montones de libros de ejercicios y él podía pasarse tardes enteras con ellos… ¡por pura diversión!

Dogface dio un hipido. Kermit le arrebató a Andy el examen.

—Por favor, déjame que te haga las ecuaciones —suplicó—. Anda…

—Bueno, vale. —Andy volvió a guiñar un ojo y Evan la miró ceñudo.

«Andy se va a buscar un lío —pensó—. Se le dan fatal las mates, es su peor asignatura, y a la señora McGrady le va a parecer muy sospechoso que haya hecho todos los problemas bien.» Pero no dijo

nada. ¿Para qué?

Kermit ya estaba escribiendo las soluciones. Resolvía las ecuaciones tan deprisa como las leía. Los ojos le iban como locos de un lado a otro, respiraba entrecortadamente y sonreía encantado.

—¡Ya está! —anunció.

«¡Menuda velocidad! —pensó Evan—. ¡En el tiempo que él ha terminado el examen yo no habría escrito ni mi nombre!»

Kermit devolvió a Andy el lápiz y los papeles.

—Muchas gracias —dijo ella—. La verdad es que en esta evaluación necesitaba sacar buenas notas en mates.

—Tramposa —le susurró Evan al oído.

—Lo he hecho por Kermit —le contestó ella también en un susurro—. Le encanta hacer problemas de matemáticas.

—Tramposa —repitió él.

Dogface hipó de nuevo y lanzó un lastimero aullido.

Kermit volvió a su mesa de trabajo y vertió un líquido amarillo sobre otro rojo. La mezcla humeó y adquirió un intenso tono naranja.

Andy guardó el examen en la mochila mientras Kermit echaba el líquido naranja en un recipiente más grande. Luego añadió unos cristales plateados que vertió de una botella muy pequeña. Evan se puso al lado de su primo.

—No le puedes dar eso a *Dogface* —insistió—. Lo digo en serio. No quiero que se lo des.

Kermit, sin hacerle caso, se puso a dar vueltas a la mezcla, que se volvió blanca. Después añadió unos polvos con los que volvió el color naranja.

—Tienes que hacerme caso, Kermit. Aquí el responsable soy yo.

Kermit pasó totalmente de él. *Dogface* hipó otra vez y todo su cuerpo peludo se estremeció.

—Deja trabajar a Kermit —terció Andy—. Es un genio.

—Puede que sea un genio, pero aquí el responsable soy yo —repitió Evan—. Hasta que llegue la madre de Kermit, aquí mando yo.

Kermit echó la pócima en un plato rojo.

—Aquí mando yo —insistió Evan—, y yo digo que no.

Kermit dejó el plato en el suelo.

—Te digo que no le des eso a *Dogface*.

—¡Eh, *Dogfacel* ¡Toma! —llamó Kermit.

—¡Ni hablar! —exclamó Evan—. ¡El perro no va a beber ni una gota!

Se lanzó hacia el plato con intenciones de cogerlo, pero se tiró con tanto ímpetu que pasó deslizándose bajo la mesa de laboratorio.

Dogface bajó la cabeza y empezó a lamer el brebaje naranja. Evan se dio la vuelta y miró inquieto al perro. Todos se quedaron esperando… esperando… esperando a ver qué pasaba.



Dogface dejó limpio el plato y luego miró a Kermit como si quisiera darle las gracias. El niño le dio unas palmaditas en la cabeza y le apartó de la frente el rizado pelo blanco, que de inmediato volvió a caerle sobre los ojos. *Dogface* le lamió la mano.

—¿Ves? Ya se le ha pasado el hipo —observó Kermit.

Evan miró al perro y aguardó unos segundos.

—Tienes razón —admitió—. Se le ha quitado.

—Era un remedio muy sencillo —se jactó su primo—. Un poco de tetrahidropodol con unos cristales de hidradroxilato y unos gramos de megahidracil oxineuroplat. Hasta un niño podría hacerlo.

—¡Qué genio! —exclamó Andy.

Evan se disponía a decir algo, pero *Dogface* lo interrumpió con un fuerte gañido. Entonces, sin previo aviso, el enorme perrazo dio un salto y con otro agudo gañido levantó las enormes patas y aterrizó encima de Kermit.

El niño dio un grito y cayó contra la pared. Las botellas y tarros temblequearon en la estantería.

Dogface empezó a ladrar como un loco soltando agudos aullidos y volvió a saltar, intentando arrojarse en brazos de Kermit.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —chilló él.

El perro saltó otra vez. Las estanterías se agitaron y Kermit cayó al suelo.

—¡Al suelo! ¡Abajo! —gritó Kermit, cubriéndose la cabeza con los brazos—. ¡Basta, *Dogfacel* ¡Deja de saltar!

El perro, excitadísimo, le apartó un brazo con la cabeza y se

puso a lamerle frenético la cara. Luego empezó a mordisquearle la camiseta.

—¡Para! ¡Agh! ¡Para! —Kermit forcejeó para apartarse, pero el perrazo lo tenía clavado al suelo.

—¿Qué pasa? —gritó Andy—. ¿Qué le ha dado al perro?

—¡Es el brebaje de Kermit! —contestó Evan. Cogió a *Dogface* con las dos manos e intentó quitárselo de encima a su primo.

El perro se dio la vuelta y con otro estridente gañido echó a correr a toda velocidad por el sótano.

—¡Cogedle! —exclamó Kermit—. ¡Está descontrolado! ¡Va a romper algo!

¡*CRAAAAASH*!

Una repisa de tarros en conserva cayó al suelo. El perro se apartó ladrando y comenzó a correr en círculos como si se estuviera persiguiendo su propia cola. Sus patazas golpeaban sonoramente el suelo.

—¡Eh, *Dogfacel* —gritó Evan, corriendo tras él—. ¡Ayúdame! —le pidió a Andy—. ¡Tenemos que detenerlo! ¡Se ha vuelto loco! —El perro desapareció en el lavadero—. ¡*Dogface*, ven aquí!

Evan irrumpió en el lavadero justo a tiempo de ver al perro estrellarse contra la tabla de plancha, que se volcó con la pila de ropa que tenía encima. La plancha cayó con estrépito al suelo.

Dogface soltó un gañido y salió de debajo del montón de ropa. Al ver a Evan, echó a correr moviendo la cola.

—¡No! —chilló Evan. El perro le tiró al suelo y comenzó a lamerle la cara con fruición.

Andy se echó a reír.

—¡Tiene demasiada energía! ¡Parece un cachorro enloquecido! —afirmó.

—¡Es demasiado grande para creer que es un cachorro! —gimió Evan.

Dogface estaba husmeando frenéticamente la lavadora. De pronto se arrojó sobre una hormiga y luego volvió dando brincos junto a Andy y Evan.

—¡Cuidado!

Pero el perro pasó de largo y entró de nuevo en el laboratorio. Los niños fueron tras él. *Dogface* se puso a rodar por el suelo

agitando las patas en el aire. Luego se levantó de golpe y salió disparado hacia Kermit.

—¡Eh, eh, muchacho! —gritó el niño—. Tienes razón —le dijo a Andy—. *Dogface* está comportándose como cuando era un cachorro. ¡La poción le ha dado demasiada energía!

El perro se estrelló contra un sillón viejo junto a la pared, se subió a él y se puso a husmear los cojines sin dejar de mover la cola a toda velocidad.

—¡*Dogface*, ya no eres un cachorro! —le gritó Evan—. ¡Escúchame, por favor! ¡Eres demasiado grande para ser un cachorro! ¡*Dogface*, por favor!

—¡Cuidado! —exclamó Andy.

El perro bajó de un brinco del sillón y se lanzó a toda velocidad contra Kermit.

—¡No! ¡Para! —gritó el niño, agachándose detrás de la mesa.

El perro intentó frenar, pero sus patazas iban demasiado deprisa. Al final se estrelló contra la mesa de laboratorio. Los tarros y los tubos salieron volando por los aires y se hicieron añicos en el suelo. La mesa se volcó encima de Kermit y las estanterías cayeron de la pared con todos los tarros, tubos y recipientes, que se rompieron estrepitosamente salpicándolo todo de productos químicos.

—¡Qué desastre! —exclamó Evan—. ¡Pero qué desastre!

De pronto se dio la vuelta y quedó sin aliento.

La tía Dee estaba en la puerta con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —chilló.

—Pues… esto… —comenzó Evan.

¿Cómo se lo iba a explicar? Aunque encontrara la forma de hacerlo, ¿le creería su tía Dee?

La mujer esperaba, con los brazos en jarras y dando golpecitos con el pie en el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —repitió furiosa.

—Pues… eh…

Pero Kermit habló primero. Señaló a Evan con dedo acusador y dijo:

—¡Evan estaba molestando al perro!



La madre de Kermit miró a Evan enfadada.

—Te pago para que cuides a Kermit, no para que te pongas a jugar con el perro y me destroces la casa —dijo muy seria.

—Pero… pero… pero…

—¡No ha sido Evan! —protestó Andy.

Pero su voz quedó ahogada por Kermit, que lanzó un fuerte y falso gemido y estalló en lágrimas desconsoladas.

—¡Yo intenté detener a Evan! —sollozó—. ¡No quería que molestara a *Dogface*! ¡Pero él no me hacía caso!

Kermit se arrojó en brazos de su madre.

—Venga, venga —dijo la tía Dee dulcemente—. No pasa nada, Kermit. Ya me encargaré yo de que Evan no lo vuelva a hacer.

Miró ceñuda a su sobrino mientras Kermit seguía llorando agarrado a ella como un bebé. Evan se volvió hacia Andy con los ojos en blanco y la niña se encogió de hombros.

—Evan, Andy y tú ya podéis empezar a limpiar todo esto —ordenó la señora Majors—. Kermit es un niño muy sensible y no soporta que le gastes estas bromas.

Kermit sollozó con más fuerza. Su madre le dio un tierno golpecito en la cabeza.

—Ya está, Kermit. Ya está. Evan no volverá a molestar a *Dogface* —susurró.

—Pero… pero… —balbució Evan.

¿Cómo podía Kermit ser tan hipócrita? ¿Cómo podía meterle en aquellos líos a propósito? ¡Aquello no era culpa de Evan, sino del

propio Kermit!

—Yo no creo… —comenzó Andy.

Pero la tía Dee alzó la mano para interrumpirla.

—Vosotros limpiad todo esto, ¿entendido? —Se volvió hacia Evan—. No se lo voy a decir a tu madre, Evan —afirmó, sin dejar de palmear a Kermit en la cabeza.

—Gracias.

—Te voy a dar otra oportunidad —prosiguió ella—. Aunque no te la mereces. Si no fueras mi sobrino te haría pagar los daños y contrataría a otra persona para cuidar de Kermit.

—Evan es malo —murmuró Kermit. Se quitó las gafas y se enjugó las lágrimas de las mejillas—. Evan es muy malo.

«¡Rata asquerosa!», pensó Evan. Pero permaneció en silencio, con la vista baja.

—Ven, Kermit, vamos a asearte un poco. —La tía Dee guió a su hijo hacia las escaleras—. Luego habrá que bañar al perro. —Entonces se dio la vuelta y señaló a Evan con el dedo—. Una oportunidad más —advirtió—. Sólo una.

Dogface soltó un hipido en un rincón.

—¿Ves lo que le has hecho? —le dijo a Evan la tía Dee—. ¡Le has provocado hipo al pobre animal!

—Pero… pero…

Antes de que Evan consiguiera encontrar palabras para defenderse, Kermit y su madre desaparecieron por las escaleras.

Dos horas después, Andy y Evan volvían agotados a su casa.

—Menudo desastre —gimió Evan—. Mira cómo voy. Estoy de productos químicos hasta las cejas.

—Dos horas —masculló Andy—. Dos horas para limpiar el sótano. Y *Dogface* mirándonos todo el rato sin dejar de hipar.

—Kermit es asqueroso —afirmó Evan, dándole una patada a una piedra.

Andy movió la cabeza con amargura.

—¿Tienes más primos como él?

—No. Kermit es único.

—Menudo mentiroso.

—Pues tú bien que le estabas apoyando —la acusó Evan—. Decías que era un genio, ¿te acuerdas? Estabas tan contenta de que

te hiciera los problemas de matemáticas que te parecía una maravilla de niño.

Andy se cambió de hombro la mochila y esbozó una sonrisa.

—Se me había olvidado lo de las mates. Puede que Kermit sea un imbécil, pero también es un genio. ¡Voy a sacar un sobresaliente! —Andy lanzó un grito de alegría.

—Los vencedores nunca hacen trampa, y los tramposos nunca vencen —murmuró Evan.

Andy le dio un empujón cariñoso.

—¿Te lo acabas de inventar? Te ha quedado muy bien.

—Venga ya —gruñó Evan. En ese momento giró hacia su calle y se alejó sin despedirse.

Andy le llamó dos días después.

—¡Tu primo Kermit es un imbécil! —Lo dijo gritando de tal forma que Evan se tuvo que apartar el auricular de la oreja—. ¿Sabes lo que ha hecho? ¿Sabes lo que ha hecho?

—No, ¿qué?

—¡Me hizo mal todos los problemas de matemáticas! —exclamó Andy.

—¿Cómo? —Evan no estaba seguro de haber oído bien—. ¿Que el genio se equivocó?

—¡Sí, a propósito! —afirmó Andy—. Lo hizo mal a propósito. ¡Se inventó todas las soluciones! Ni siquiera leyó los problemas.

—¿Pero por qué? —preguntó Evan.

—¿Que por qué? ¡Pues porque es Kermit! —chilló Andy.

Evan tragó saliva. «Pobre Andy —pensó—. Ahora suspenderá las matemáticas.»

—¡Qué jugada más sucia! —siguió gritando ella—. La señorita McGrady me llamó a su mesa para que le explicara las respuestas y me preguntó cómo había podido desvariar tanto. —Andy suspiró con amargura—. Y yo, claro, no sabía qué decir. Me quedé allí como una idiota con la boca abierta.

—Seguro que Kermit se moría de risa cuando nos marchamos —dijo Evan.

—Menudo sentido del humor tiene ese niñato —gimió Andy—. Tenemos que vengarnos, Evan. Tenemos que vengarnos.

—Sí.

—Hay que sacar la Sangre de Monstruo. Tenemos que utilizarla para vengarnos.

—Sí.

10

Evan llamó a Andy esa misma noche.

—He cambiado de opinión —dijo—. No quiero utilizar la Sangre de Monstruo.

—¿Pero qué te pasa? Kermit se lo merece, tú lo sabes.

—La Sangre de Monstruo es demasiado peligrosa —afirmó Evan —. Recuerda que el hámster *Cuddles* se convirtió en un monstruo salvaje y gigantesca. No quiero que Kermit se convierta en un monstruo así.

—¡Ni yo! —exclamó Andy—. Pero no se la daríamos a él, Evan. Yo sólo quiero echar un poquito en una de sus pócimas. Se cree muy listo, él. Quiero ver qué cara pone cuando la poción se le vuelva loca. —Andy soltó una carcajada.

«Qué risa más malvada», pensó Evan.

1 —¡Va a ser genial! —prosiguió Andy.

—Mira, olvídalo —insistió él—. Todavía tengo pesadillas con la Sangre de Monstruo casi todas las noches. No quiero volver a ver ese potingue, Andy, de verdad. ¡Déjalo donde está, por favor!

—¡Pero si antes estabas de acuerdo!

—Pues ahora no. No lo saques del armario, Andy. Déjalo tranquilo en su tarro, ¿de acuerdo?

Andy no dijo nada.

—¿De acuerdo? —repitió Evan.

—De acuerdo —accedió ella por fin.

—Hoy vamos a jugar fuera, Kermit —dijo Evan firmemente—. Hace un día precioso y no nos vamos a quedar en este maldito sótano,

¿entendido ?

Era una cálida tarde de jueves. El sol se filtraba por las altas y polvorientas ventanas del sótano. Kermit estaba en su mesa de laboratorio, arreglando sus tarros y botellas. El niño murmuró algo entre dientes.

—Nada de discusiones —añadió Andy—. Vamos a salir aunque te tengamos que sacar a rastras.

—Pero quiero probar una nueva fórmula —gimió Kermit.

—Necesitas que te dé un poco el sol —dijo Evan—. Mira qué blanco estás. Pareces una rata.

Kermit llevaba una enorme camiseta verde oliva y unos abultados pantalones cortos marrones. Con su pelo tan rubio, los ojillos redondos y los dientes saltones parecía, efectivamente, una rata vestida.

El niño frunció el ceño, herido por la comparación.

—Vale, vamos afuera —dijo de mala gana.

—¡Yujuuu! —gritó Andy. Era la primera vez que Kermit accedía a salir de su laboratorio.

—Pero primero quiero beber algo. —Kermit salió de detrás de la mesa para dirigirse hacia las escaleras—. ¿Queréis un refresco de naranja?

—Sí, claro —contestó Evan.

Los tres fueron a la cocina.

—Me parece increíble que haya accedido a salir a jugar —susurró Andy—. ¿No estará enfermo o algo así?

—A lo mejor se siente mal por la que nos hizo.

En ese momento sonó el teléfono de la cocina. Evan lo cogió, pero era alguien que se había equivocado de número. Andy y él se acercaron al mostrador. Andy llevaba unos téjanos de color rosa, una camiseta amarilla sin mangas y unas zapatillas naranja.

Kermit ya había servido tres vasos de naranjada. Evan advirtió que el refresco era del mismo color que las zapatillas de Andy.

—¡Qué sed tenía! —dijo Kermit después de que todos bebieran.

Evan no prestó atención a su sonrisa. Al fin y al cabo, Kermit siempre tenía una sonrisa rara.

—Qué naranjada más dulce —comentó Andy, haciendo una mueca—. ¡Demasiado empalagosa!

Kermit se echó a reír.

—A mí me gusta.

Dejaron los vasos en el fregadero y salieron por la puerta trasera. Evan encontró un *frisbee* rojo y se lo tiró a Andy.

La niña echó a correr por el jardín y devolvió el *frisbee* a Evan.

—¡Que no lo coja Kermit! —gritó Andy.

—¡De eso nada! —protestó él—. ¡Tirádmelo!

Andy le lanzó el *frisbee* por encima de la cabeza. Kermit intentó cogerlo, pero estaba fuera de su alcance. El plato golpeó a Evan en las manos y cayó al suelo.

Andy se echó a reír.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó Evan.

La niña se encogió de hombros.

—No sé —contestó con otra risita.

Evan le tiró a su primo el *frisbee*, que le rebotó en el pecho.

«Este niño es muy torpe —pensó Evan—. Será porque no practica ningún deporte ni sale nunca de su sótano.»

Andy lanzó una aguda carcajada y Evan se echó a reír también. Kermit cogió el *frisbee* e intentó tirárselo a Andy, pero le pasó por encima de la cabeza y rebotó contra la puerta del garaje.

Evan y Andy se rieron con más ganas. Evan se acercó al garaje y le lanzó el juguete a Andy, pero ella no consiguió cogerlo y el *frisbee* se metió entre los setos del jardín. Andy no pudo ir tras él porque estaba doblada de risa. Evan también se reía cada vez más. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

«¿Qué me está pasando? —se preguntó, asustado de pronto—. ¿Por qué no puedo parar de reírme? ¿Qué está pasando?»

Kermit sonrió. ¡Con su típica sonrisa!

Evan se reía de tal manera que le dolía el estómago. «Aquí pasa algo —pensó—. Aquí pasa algo terrible.»

—K… Kermit, ¿por qué nos estamos ri… riendo así? —balbució.

Andy se enjugó las lágrimas de los ojos y siguió riéndose, agarrándose los costados.

—¿Por qué nos reímos? —insistió Evan.

—Os he dado mi poción de la risa —contestó Kermit—. Estaba en la naranjada.

Evan echó atrás la cabeza y estalló de nuevo en carcajadas.

Andy estaba a punto de ahogarse de risa, pero no podía parar.

«Esto no tiene ninguna gracia. Es para morirse de miedo», pensó Evan, pero le resultaba imposible contener la risa.

—¿Cu… cuánto tiempo vamos a estar riendo, Kermit? —consiguió preguntar.

—Probablemente para siempre —replicó el niño, con su famosa sonrisa dentuda.



Evan respiró hondo e intentó contener el aire. Pero le estalló tal carcajada en el pecho que hasta le hizo daño.

Andy intentó atrapar a Kermit. El niño la esquivó y echó a correr hacia la cerca del fondo del jardín. Evan, mientras tanto, sacudió la cabeza para intentar aliviar los efectos de la poción de la risa. No le sirvió de nada. Seguía riéndose con los ojos llenos de lágrimas.

Andy salió disparada en pos de Kermit, entre estridentes carcajadas. Evan los siguió, resollando para tomar aliento. «No puedo respirar —pensó—. No puedo respirar de la risa.»

—¡K… Kermit! —exclamó—. ¡Tienes que hacer algo! —Lanzó una aguda carcajada—. ¡Ti… tienes que hacer algo!

—No sé cómo —contestó el niño con toda tranquilidad.

Andy y Evan estallaron en risas.

—¡Es increíble! —declaró Kermit encantado—. ¡La fórmula funciona de maravilla!

Andy intentó agarrarle del cuello, pero no pudo. Quiso entonces tirarle el *frisbee*, pero se estaba riendo de tal modo que era imposible controlarlo y el plato pasó volando por encima de la cerca.

—¡Eh, cógelo! ¡Es mío! —dijo Kermit.

Evan y Andy estallaron en carcajadas, y en ese momento apareció un rostro al otro lado de la cerca.

—¡Conan! —exclamó Kermit.

Conan miró primero a Andy y luego a Evan.

—¿Estás mirando mi jardín? —preguntó a este último.

Evan intentó contener la risa, pero sin conseguirlo.

—¿No te advertí la semana pasada que no mirases mi jardín? —dijo el matón.

Evan siguió riéndose.

—Conan, devuélveme el *frisbee*, venga—gimió Kermit.

Conan saltó la cerca. Llevaba el plato en la mano izquierda y se apresuró a escondérselo a la espalda. Andy, sacudida por la risa, se enjugó las lágrimas.

—Devuélveme el *frisbee* —insistió Kermit.

Conan no le hizo ni caso.

—¿De qué os reís? —preguntó, apretando el puño.

«¡Como no paremos nos va a zurrar!», pensó Evan. Pero soltó una ruidosa carcajada sin poder evitarlo.

—¡Oye, dame mi *frisbee*! —gimió Kermit.

—Yo no lo tengo —mintió Conan, siempre con la mano izquierda a la espalda.

Evan echó atrás la cabeza muerto de risa.

—Sí, lo tienes ahí detrás —insistió Kermit—. Dámelo, Conan.

—¿Quién me va a obligar? —dijo Conan con tono amenazador.

Evan y Andy soltaron una carcajada.

—¡Ellos! —replicó Kermit—. ¡Ellos te obligarán! —Se dirigió a Evan—. ¡Dile que me devuelva el *frisbee*!

Evan se echó a reír por toda respuesta.

—¿De qué os reís? —preguntó Conan.

Andy movió la cabeza.

—De nada —resolló.

—No me gusta que se rían de mí.

«¡Es horrible —se dijo Evan—. ¡Como sigamos así Conan va a explotar!» Y lanzó una carcajada de hiena.

—Os advierto que no me gusta nada que se rían de mí.

Evan y Andy siguieron riéndose.

—Os voy a arrear —amenazó el matón. Entonces se volvió hacia Kermit—. ¿De qué se ríen?

El niño se encogió de hombros.

—Ni idea. Supongo que de ti.

—¿Ah, sí? —gritó furioso Conan—. ¿Tanta gracia os hago?

Evan y Andy seguían riéndose, agarrándose los costados.

—¡Dame mi *frisbee*! —exclamó Kermit.

—Muy bien, ve a por él. —Conan lo lanzó por encima del seto y el juguete desapareció entre unos matorrales.

Kermit salió corriendo tras él y Conan miró ceñudo a Evan y Andy.

—Voy a contar hasta tres —gruñó—, ¡y como no dejéis de reíros, os vais a enterar! —Levantó los dos puños—. Uno…

Evan siguió riéndose. Andy se tapó la boca con la mano, pero se le escapaba la risa.

—Dos…

«¡Tengo que parar! —se dijo Evan—. ¡Estoy metido en un buen lío!» Abrió la boca y soltó una sonora carcajada.

Andy se tapaba la boca con las dos manos, pero las risitas y resoplidos se le salían por la nariz. En ese momento apareció Kermit corriendo.

—No encuentro el *frisbee* —se quejó—. Tenéis que ayudarme a buscarlo. No lo veo por ninguna parte.

Conan se volvió hacia él.

—¿De verdad que no sabes de qué se ríen? —preguntó.

Kermit movió la cabeza.

—Antes han dicho que les parecías muy gracioso —contestó—. Supongo que de eso se ríen.

«¡Es increíble! —pensó Evan. Se sentía tan furioso que estaba a punto de explotar—. ¡El muy asqueroso! ¿Cómo es capaz de hacernos esto?»

—Es vuestra última oportunidad —dijo Conan. Respiró hondo e hinchó su enorme pecho—. ¡Tres!

Andy soltó una carcajada. Evan se rió con más fuerza.

—Os lo advertí —gruñó Conan.

12

Cuando Andy telefoneó esa noche a Evan para ver cómo se encontraba, éste no pudo ni acercarse el auricular a la oreja, de lo mucho que le dolía la cabeza.

—Supongo que sobreviviré —gimió—. Ya me estoy acostumbrando a verme la cara hecha picadillo cada vez que me miro en el espejo.

Andy suspiró.

—Tu primo es un cerdo.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Evan—. ¿Cuánto tiempo tardaste en bajar del árbol?

—No muchas horas —le replicó débilmente Andy.

Conan decía que nunca pegaba a las niñas, de modo que la había cogido y la había dejado colgada de una alta rama.

—Por lo menos Conan nos quitó la risa —dijo Evan—. Todavía me duele el estómago.

—Y a mí. No volveré a reírme en la vida, aunque me cuenten el chiste más divertido del mundo. Me limitaré a sonreír, diré «qué gracia» y ya está.

—Es increíble lo que nos ha hecho Kermit —gimió Evan.

—A mí no me parece tan increíble —replicó Andy secamente—. Kermit haría cualquier cosa para amargarnos la vida. No vive para otra cosa.

—¿No oíste cómo se reía esa rata cuando Conan me tiró a golpes al suelo?

—Estaba en lo alto del árbol, ¿no te acuerdas? ¡Ya vi que se reía,

pero no oí nada!

Se produjo un largo silencio.

—Evan —susurró Andy por fin—, ¿estás ya dispuesto a utilizar la Sangre de Monstruo?

—Sí —contestó él sin pensarlo siquiera—. Estoy dispuesto.

13

Al día siguiente, después de clase, Evan y Andy encontraron a Kermit detrás de su mesa de laboratorio, como siempre.

—Hola, Kermit —saludó Evan. Dejó la mochila y se acercó a la mesa.

Kermit no levantó la vista. Estaba muy ocupado mezclando ingredientes en un enorme cuenco. Evan echó un vistazo. Era un amasijo amarillento, denso y pegajoso. Kermit le daba vueltas con una cuchara de madera, tarareando entre dientes.

Andy llevaba una camiseta sin mangas, de color rosa chillón y unos pantalones cortos amarillo canario con las zapatillas de deporte a juego. La niña se acercó a mirar en el cuenco.

—¿Estás haciendo una tarta? —preguntó.

Kermit no le hizo caso. Seguía dándole vueltas y tarareando.

Por fin se detuvo y miró a Evan.

—Le he dicho a mi madre que me has perdido el *frisbee* —afirmó con una mueca—. Y dice que me tienes que comprar uno nuevo.

—¿Quién, yo?—exclamó Evan.

Andy se puso al lado de Kermit y bajó la cabeza hacia el cuenco.

—Huele a limón —dijo—. ¿Qué es, Kermit? ¿Una masa?

—Mi *frisbee* se perdió por tu culpa —insistió Kermit, sin hacer caso a la pregunta—. Mi madre dice que eres un canguro muy malo.

Evan gritó de rabia, apretó los puños e intentó contenerse para no estrangular a su primo. Lo cierto es que le costó un gran esfuerzo.

—Mamá quería saber quién se había bebido la naranjada y yo le

dije que fuisteis vosotros.

—¡Kermit! —chilló Evan por fin—. ¡Ayer nos hiciste una buena cochinada! ¡Nos echaste productos químicos en los refrescos! Nos hiciste reír y reír hasta morirnos de dolor. ¡Y encima nos metiste en un lío con Conan! ¿Le has dicho eso a tu madre? ¿Eh, se lo has dicho?

Kermit se tapó las orejas con las manos.

—No grites, que tengo un oído muy sensible.

Evan lanzó otro rugido de rabia. Estaba a punto de explotar.

—Le he dicho a mi madre que estás gritándome todo el tiempo —prosiguió Kermit—. Mamá dice que eres un inmaduro, cree que eres muy infantil y te deja quedarte conmigo sólo porque eres mi primo.

Kermit se puso de nuevo a remover la masa con la cuchara de madera.

Evan se dio media vuelta, intentando controlar su furia.

«Me alegro de lo que vamos a hacer —pensó—. Me alegro de que vayamos a darle un susto a Kermit. Se lo ha buscado, se lo ha buscado él solo.»

Evan sacó de su mochila una chocolatina.

—Mmm, una chocolatina —murmuró. Se acercó a la mesa mientras la desenvolvía, se plantó delante de Kermit y dio un mordisco. La chocolatina se partió con un fuerte *crunch*—. ¡Mmmmm! —exclamó—. Qué buena.

Aquello formaba parte del plan. Evan sabía que Kermit no podía resistirse al chocolate. Se trataba de que, mientras Kermit le suplicaba que le diera un poco, Andy echara en el cuenco un pegote de Sangre de Monstruo.

Evan volvió a morder la chocolatina y se puso a masticar paladeando ruidosamente. Kermit alzó la vista y dejó de dar vueltas a la pasta amarilla.

—¿Está buena? —preguntó.

Evan asintió con la cabeza.

—Buenísima.

—Me encantan las chocolatinas.

—Ya lo sé. —Evan dio otro mordisco.

Kermit se quedó mirando el chocolate.

Andy estaba a su lado, con el tarro azul de Sangre de Monstruo en la mano. Con sólo verlo, Evan se estremeció. Demasiados malos recuerdos, demasiadas pesadillas. Aquella pasta verde era peligrosísima.

—¿Me das un trozo? —pidió Kermit.

Andy destapó el tarro.

—A lo mejor —dijo Evan.

La niña metió dos dedos y sacó un pegote de Sangre de Monstruo.

—Anda, por favor, por favor, dame un poco —le suplicó Kermit.

Andy tiró la Sangre de Monstruo en el cuenco de Kermit, luego cerró con cuidado el tarro y se lo guardó en la bolsa. Evan dio otro bocado a la chocolatina.

—No deberías comer chocolatinas si no das un poco a los demás —le reprendió Kermit.

—Tú no te has portado muy bien conmigo —replicó Evan—. Así que no te voy a dar.

Kermit se puso a remover su masa, mirando furioso a Evan. No advirtió que la Sangre de Monstruo verde se mezclaba con la pasta amarilla.

Evan mordió otra vez la chocolatina. Quedaba muy poco.

—Le voy a decir a mamá que te has portado mal conmigo —amenazó Kermit—. Le voy a decir que no me has dado.

Evan movió la cabeza.

—¿Ves lo que te decía? Tú no te portas bien conmigo, Kermit. Si te portaras bien, compartiría contigo todas mis chocolatinas.

Andy le hizo un guiño y miró el cuenco. Kermit daba vueltas y más vueltas a la masa. La niña se puso tensa, se mordió el labio inferior y se agarró a la mesa con las dos manos.

«Ya está —pensó Evan—. Hemos abierto otro tarro de Sangre de Monstruo.»

Se quedó mirando la pasta amarilla del cuenco, que hizo un chasquido cuando Kermit hundió en ella la cuchara.

«¿Y ahora qué? ¿Ahora qué va a pasar?»

14

Kermit removió la pasta amarilla arañando el cuenco con el cucharón de madera. La mezcla chasqueaba suavemente al dar vueltas. Andy se mordía el labio inferior, con la mirada clavada en el cuenco y el pelo sobre la cara.

Evan miraba desde el otro lado de la mesa. El corazón le latía con fuerza. Le dio otro bocado a la chocolatina y masticó intentando no hacer ni un ruido. No quería distraer a Kermit.

¿Cuál sería el efecto de la Sangre de Monstruo en la fórmula? Evan estaba deseando ver el horror en el rostro de Kermit, estaba deseando vengarse de su asqueroso primo.

Kermit no se dio cuenta del silencio que imperaba en el sótano. *Dogface* se acercó jadeando. El suelo resonaba bajo sus patas, pero nadie se volvió a mirarlo. El perro soltó un hipido y salió de la habitación.

Evan le dio otro mordisco a la chocolatina. Kermit seguía removiendo su mezcla y canturreando. De pronto la pasta rebotó contra el borde del cuenco y se derramó. Kermit se quedó quieto.

—Qué raro —murmuró.

A Evan le dio un vuelco el corazón.

—¿El qué es raro?

—Ha crecido —contestó Kermit rascándose la cabeza—. Mira. —Señaló con el cucharón la pasta amarilla que se desbordaba del cuenco—. ¡Está creciendo muy deprisa! —exclamó.

Evan se acercó un poco más y Andy se inclinó para ver mejor. La pasta subía temblando y estremeciéndose.

—¡Guau! —gritó Kermit—. ¡No tenía que crecer! ¡Tenía que ponerse pegajosa y negra!

Andy le hizo un guiño a Evan con los ojos centelleantes y una sonrisa de oreja a oreja.

El engrudo se hinchaba tembloroso. Ya era tan grande como una pelota de playa. ¿Hasta dónde llegaría?

—¡Es increíble! —exclamó Kermit.

La pasta seguía creciendo y creciendo. Se salía del cuenco por todos lados, cada vez más grande. Parecía un globo gigante.

—¡Es más alta que yo! —dijo Kermit. Pero ya no parecía tan emocionado, ahora empezaba a tener miedo—. Creo que será mejor que la paremos —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó Andy.

Salió de detrás de la mesa y se puso junto a Evan, al otro lado. Se lo estaba pasando estupendamente con la expresión de horror de Kermit. Evan tenía que admitir que también estaba disfrutando.

La bola de pasta amarilla se estremeció, creciendo por segundos hasta que Kermit quedó atrapado contra la pared del sótano.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó.

La sonrisa de Andy era radiante.

—Está aterrorizado —le susurró a Evan.

El niño asintió con la cabeza. Debería sentirse orgulloso de su venganza, pero la verdad era que también él estaba muerto de miedo. ¿Qué tamaño alcanzaría la gigantesca bola amarilla? ¿Podrían detenerla o crecería y crecería hasta inundar todo el sótano?

—¡Evan, ayúdame! —chilló Kermit—. ¡Estoy atrapado!

La pasta se agitó con más fuerza y llegó hasta el techo del sótano. Evan bajó la vista y vio que todavía le quedaba un trozo de chocolate. Se estaba derritiendo, así que se lo metió en la boca… justo cuando la gigantesca bola de pasta explotó con un estampido ensordecedor.

15

—¡*GLUP*!

La fuerza de la explosión le hizo tragar de golpe el chocolate. Evan se atragantó y comenzó a toser. Algunos pegotes de pasta le salpicaron la cara. Tenía el pelo y los ojos llenos de engrudo amarillo.

—¡Ah! —resolló. Se quitó frenético la pasta de los ojos y parpadeó. La notaba también en la boca—. ¡ Agh! —Escupió y se limpió los labios. Luego se puso a quitarse los pegotes de la cara.

—¡Se me ha pegado al pelo! —gimió Andy.

—¡Socorro, socorro! —Los gritos de Kermit parecían venir de muy lejos. Evan supo rápidamente por qué: Kermit estaba enterrado bajo un enorme montón de masa amarilla.

Sin dejar de quitarse el engrudo del pelo, Evan fue corriendo a la mesa de laboratorio y sacó a su primo de la mole de pasta.

—¡Uf! ¡Qué mareo! —exclamó Kermit, apoyándose pesadamente contra la mesa.

—¡No me lo voy a quitar nunca de la cabeza! —se lamentó Andy, tirándose del pelo con las dos manos—. ¡Nunca! Esto no tenía que explotar —le dijo a Evan—. Sólo tenía que hacerse grande. Supongo que ha sido algo que había en la masa.

Evan miró en torno al sótano. La pasta amarilla había salpicado por todas partes y ahora goteaba de las paredes y caía al suelo haciendo chasquidos.

—¡Qué explosión más increíble! —declaró Kermit. Se quitó las gafas, cubiertas de engrudo, y miró con los ojos entornados a su

alrededor—. ¿Metiste algo en el cuenco? —le preguntó a Andy.

—Es igual —replicó ella, sin dejar de arrancarse pegotes amarillos del pelo.

Kermit le tiró del brazo.

—¿Qué era? ¿Qué le echaste a mi fórmula?

—¿Para qué lo quieres saber?

—¡Para hacerlo otra vez! —dijo el niño encantado—. ¡Ha sido increíble!

—¡No lo vamos a volver a hacer! ¡Eso ni lo sueñes! —gimió Evan.

Lo de la venganza no había salido del todo bien. Kermit tenía que estar llorando o temblando de terror, pero en lugar de eso le brillaban los ojos de emoción y mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

«¡Somos idiotas! —pensó Evan tristemente—. ¡A Kermit le ha encantado!»

Kermit se limpió las gafas con un paño.

—¡Qué desastre! —exclamó, mirando en torno a la sala—. Cuando mamá vuelva a casa te la vas a cargar, primo.

Evan tragó saliva. Se había olvidado de la madre de Kermit. La tía Dee le había dado una última oportunidad para demostrar que era un buen canguro. Pero cuando llegara se encontraría el sótano salpicado de engrudo amarillo del suelo al techo, y desde luego Kermit diría que la culpa había sido de Evan.

«La tía Dee le dirá a todo el mundo por qué me despidió —pensó sombrío—. No me volverán a dar trabajo de canguro en toda mi vida. Ya me puedo despedir del *Walkman.*» Ahora no tendría forma de ganar dinero para comprárselo.

—¡Todo por tu culpa! —le espetó a Andy, señalándola con un dedo acusador. En la uña tenía un pegote amarillo.

—¿Por mi culpa? —chilló ella—. ¡Eras tú el que quería dar una lección a Kermit!

—¡Pero tú te empeñaste en utilizar la Sangre de Monstruo!

—¡Mira cómo tengo el pelo! —se lamentó Andy—. ¡Parece que lleve un casco! ¡Está hecho un amasijo! ¡Una auténtica ruina! —Lanzó un rugido de rabia.

Kermit se echó a reír y se inclinó para coger un pegote de pasta

amarilla.

—¡Toma! —gritó, tirándoselo a su primo.

La masa se le quedó pegada a Evan en la camiseta.

—¡Ya está bien, Kermit! —exclamó furioso.

—¡Vamos a hacer una pelea! —sugirió Kermit con una sonrisa mientras cogía otro pegote.

—¡Ni hablar! ¡Estáte quieto! —replicó Evan. Se quitó la pasta de la camiseta—. ¡Esto es muy peligroso! ¡Hay que limpiarlo todo!

Kermit le tiró otro trozo de masa. Evan intentó esquivarla, pero se resbaló en un pegajoso charco amarillo y se cayó al suelo de costado.

—¡Uuf!

Kermit lanzó una alegre carcajada.

—¡Demasiado! —exclamó—. ¡Qué golpe!

Andy se apresuró a ayudar a Evan.

—Podemos pasar la aspiradora —dijo—. ¿Dónde guarda tu madre la aspiradora? —le preguntó a Kermit.

El niño se encogió de hombros.

—Ni idea.

Evan se apoyó en la mesa de laboratorio. La mano se le hundió en un charco de masa, pero le dio igual. De pronto se sentía muy raro. Tenía un hormigueo en todo el cuerpo. Cerró los ojos para ver si se le pasaba, pero el hormigueo era cada vez mus fuerte.

Empezó a oír un pitido. Le dolían los músculos y le palpitaba la sangre en las sienes.

—Pues podríamos fregar —oyó que decía Andy, aunque su voz sonaba muy, muy lejana.

Se dio la vuelta y vio que la niña cogía una fregona y un cubo. «Qué cubo más pequeño —pensó Evan—. ¿Y para qué quiere Andy una fregona tan diminuta?»

La habitación le daba vueltas. Evan pestañeó con fuerza intentando recobrarse. Le zumbaba todo el cuerpo, como si lo atravesara una corriente eléctrica. Cerró los ojos y se apretó las sienes con las manos.

—Evan… ¿no me vas a ayudar? —La voz de Andy se oía muy débil y lejana—. ¿Evan? ¡Evan!

Cuando abrió los ojos vio que Andy y Kermit lo estaban mirando

con la boca abierta y los ojos llenos de miedo.

—¿Qué pasa? —preguntó. Su voz resonó como un trueno en el sótano, rebotando en las paredes de cemento.

Andy y Kermit lo miraban fijamente. A Andy se le cayó de la mano la diminuta fregona.

«Qué pequeña es —pensó Evan otra vez—. Qué cubo más enano.»

Entonces se dio cuenta de que Andy y Kermit también eran muy pequeños.

—¡Ah! —Un grito de sorpresa escapó de sus labios.

«¡Todo es muy pequeño!»

Evan tardó un buen rato en darse cuenta de lo que había pasado. Finalmente lanzó un chillido de horror.

—¡Oh, no! ¡No! —gimió—. ¡Estoy creciendo! ¡Estoy creciendo cada vez más!

16

Evan bajó la vista. El suelo parecía estar muy lejos.

—Mis… mis piernas —balbució.

Andy y Kermit seguían mirándole con cara de estupor, sin decir ni pío. Evan tragó saliva.

—¿Qué está pasando? —gritó con voz atronadora—. ¡Debo de medir más de tres metros!

—Eres un gigante —declaró Kermit. Se acercó y le cogió la rodilla—. ¡Yo también quiero! ¡Anda, anda, conviérteme en gigante! —suplicó.

—¡Vete al cuerno! —masculló Evan. Levantó a su primo con toda facilidad y lo puso sobre la mesa de laboratorio. Luego se volvió hacia Andy—. ¿Que voy a hacer? ¡Esto es terrible!

—¡No grites tanto! —Andy se tapó las orejas con las manos—. Por favor, Evan, intenta bajar la voz, ¿vale?

—¿Qué voy a hacer? —repitió él, sin hacer caso.

Andy esbozó una forzada sonrisa.

—Jugar al baloncesto, por ejemplo.

Evan cerró sus enormes puños.

—No estoy de humor para aguantar tus bromitas, Andy.

El cuerpo le hormigueaba otra vez y los músculos le dolían.

«Estoy creciendo más», pensó. De pronto sintió la garganta seca. Se dio cuenta de que le temblaban tanto las rodillas que chocaban la una con la otra. «Que no cunda el pánico —se dijo—. La primera regla es que no cunda el pánico.»

¿Pero cómo no iba a tener pánico? La cabeza casi le llegaba al

techo.

Kermit se puso de pie en la mesa. Tenía las zapatillas de deporte salpicadas de masa amarilla. A Evan le parecían zapatitos de muñeca.

—¡Hazme un gigante a mí también! ¿Por qué no puedo ser un gigante?

Evan miró a su primo. Ahora sí que parecía un ratoncillo blanco. De pronto la habitación empezó .t darle vueltas otra vez y el hormigueo se hizo más Inerte.

—¡Todo por tu culpa, Andy! —gritó.

Andy se pegó contra la pared.

—¿Eh? ¿Por mi culpa?

—¡Tú y tu Sangre de Monstruo! —bramó tí.van—. ¡Me he tragado Sangre de Monstruo!

Andy se lo quedó mirando.

—¿Cómo?

—Cuando la masa de Kermit explotó yo me estaba metiendo en la boca un trozo de chocolatina y casi me ahogo. La masa me salpicó la cara y recuerdo que me cayó en los labios y… y…

—¡Y estaba mezclada con Sangre de Monstruo! —concluyó Andy horrorizada—. Lo siento, Evan, lo siento muchísimo.

Pero de pronto se le iluminó el rostro.

—La Sangre de Monstruo también te salpicó la ropa. ¡Qué suerte, porque así te ha crecido también!

Evan suspiró exasperado.

—¿Suerte? —gritó—. ¿A esto lo llamas suerte? ¿Y si no paro nunca de crecer?

—¿Quieres decir que si como un poco de masa yo también me convertiré en un gigante? —preguntó Kermit. Se agachó a coger un pegote.

—¡Ni te atrevas! —chilló Evan, arrebatándole la pasta de las manos. Se inclinó sobre su primo mirándole con gesto amenazador —. Te puedo aplastar, Kermit. Te lo aseguro —advirtió.

—Vale, vale —murmuró el niño con voz trémula. Bajó de la mesa y se puso detrás de Andy.

«¡Vaya! —pensó Evan—. ¡Kermit me tiene miedo! ¡Esto de ser un gigante tampoco está tan mal!»

De pronto le tembló todo el cuerpo y se hizo más fuerte el pitido que oía. Sintió que crecía un poco más. En ese momento entró *Dogface* en la habitación. Parecía un pequeño perro de lanas. El animal soltó un hipido y olisqueó un charco de pasta amarilla.

—¡No! —gritó Evan—. ¡No comas eso, *Dogfacel* ¡No!

Se agachó y lo cogió en brazos. Cuando el perro vio que un humano gigantesco lo levantaba tan fácilmente, lanzó un gañido de terror y se puso a retorcerse y agitar las cuatro patas intentando liberarse. Pero Evan lo tenía bien cogido con un brazo y, al darse cuenta de que no podía escapar del gigante, *Dogface* comenzó a lanzar lastimeros gemidos.

—Llévatelo fuera de aquí, Kermit —ordenó Evan dejando al perro en el suelo.

El niño obedeció y a medio camino de las escaleras se volvió hacia su primo.

—¡Oye, le has quitado el hipo!

«No me extraña, con el susto que le he dado», pensó Evan. Cuando Kermit se marchó, se volvió hacia Andy.

—¡Te dije que no sacaras la Sangre de Monstruo! —exclamó—. ¡Mira lo que me ha pasado!

Tenía la cabeza inclinada para no darse contra el techo.

—¿Quién te mandaba comértela? —replicó la niña—. ¿Por qué tenías que estar comiendo una chocolatina?

—Era parte del plan, ¿recuerdas? —Evan suspiró—. ¡Menudo plan!

—Sí, no ha salido muy bien —admitió Andy.

—Y que lo digas. ¿Ahora qué me va a pasar? ¿Qué van a decir mis padres?

—¿Qué vas a comer? —añadió Andy—. ¡Tendrás que comer por lo menos dieciséis veces al día! ¿Y dónde vas a dormir? ¿Y cómo vas a ir al colegio? No vas a caber en ninguna mesa. ¿Y qué te vas a poner? ¡Tendrás que hacerte las camisetas con sábanas!

—Qué ánimos, justo lo que necesitaba —murmuró Evan sombrío.

Volvió a sentir el hormigueo y notó contracciones en los músculos y que se le estiraba la piel.

—¡Ay! —exclamó al darse un golpe contra el techo, y se agachó

para frotarse la cabeza.

—¡Evan, estás creciendo!

—Ya lo sé, ya lo sé —gruñó él. El techo del sótano tenía más de tres metros de altura, lo cual significaba que él también medía más de tres metros.

Sintió un escalofrío de miedo y miró en torno a él.

—¡Tengo que salir de aquí! —gritó.

En ese momento volvió Kermit y se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¡Has crecido más! —exclamó—. ¡Debes de pesar más de cien kilos!

—No tengo tiempo de pesarme —replicó Evan poniendo los ojos en blanco—. Tengo que salir de aquí. Soy tan grande que no puedo ni ponerme derecho. Soy tan grande que…

Se interrumpió al notar que crecía otra vez.

—¡Soy demasiado grande! —gritó—. ¡Estoy atrapado aquí! ¡No puedo salir!

17

—Cálmate —le dijo Andy.

—¿Que me calme? ¿Cómo quieres que me calme? —chilló Evan —. ¡Me voy a pasar el resto de mi vida en este sótano! ¡Soy tan grande que no quepo por las escaleras!

—A mamá no le va a gustar ni una pizca —aseguró Kermit, moviendo la cabeza.

—Intenta subir por las escaleras —sugirió Andy—. ¡A lo mejor puedes pasar si te das prisa!

—No… no creo que quepa —balbució él. El hueco de la escalera parecía muy estrecho.

—Vamos —le apremió Andy—. Te ayudaremos.

—Tú empujas y yo tiro —dijo Kermit.

Evan se acercó a las escaleras. Sus pasos resonaban pesadamente en el suelo. Llevaba los hombros encogidos para no darse con la cabeza en el techo.

—¡Intenta no crecer más! —dijo Andy, detrás de él.

—¡Un consejo genial! —replicó Evan con sarcasmo—. ¿Alguna otra indicación?

—No seas antipático, sólo intentaba ayudarte.

—Ya me has ayudado bastante —gruñó él.

El cuerpo le hormigueaba otra vez.

—¡No! ¡No, por favor!

«No quiero crecer más, por favor», suplicó en silencio. Evan contuvo el aliento, cerró los ojos e intentó concentrarse en no crecer.

—Creo que has crecido unos centímetros más —informó Andy—. Más vale que te des prisa, Evan.

—¿Hasta cuándo seguirá creciendo? —preguntó Kermit, que ya había subido la mitad de las escaleras—. ¿Se va a poner como un elefante?

—No estás ayudando nada, Kermit —murmuró Evan tristemente —. Deja de hacer tantas preguntas, ¿vale?

—Oye, si te pones tan grande como un elefante, ¿me darás un paseo?

Evan miró furioso a su primo.

—¿No sabes lo que hacen los elefantes con los ratones? —bramó. Levantó un pie y lo descargó contra el suelo para demostrárselo.

Kermit tragó saliva y enmudeció. Evan se acercó a las escaleras.

—Me parece que no quepo. Soy demasiado grande.

—Inténtalo —le apremió Andy—. Tienes que conseguirlo, Evan.

El niño subió el primer escalón, se agachó y subió el segundo.

—¡Lo estás logrando! —exclamó Kermit muy contento. Estaba en lo alto de las escaleras, observando ansioso los progresos de su primo.

Evan dio un paso más y la escalera de madera crujió bajo su peso. Intentó apoyarse en la barandilla, pero se le rompió en la mano.

Subió dos escalones más, y justo cuando había recorrido un tercio del camino se quedó bloqueado. Las escaleras eran demasiado estrechas. Kermit le tiró de las manos y Andy le empujó por detrás, pero no había forma de desatascarlo.

—N… no me puedo mover —balbució Evan, casi ahogado de miedo—. Estoy atascado. ¡No voy a poder salir!

En ese momento comenzó a hormiguearle de nuevo el cuerpo y se dio cuenta de que estaba creciendo más.

18

Entonces oyó un crujido. Primero muy suave, luego más fuerte. Sonaba muy cerca.

De pronto la pared se desplomó. Evan soltó un grito. Había reventado el muro al crecer. Respiró hondo y se lanzó escaleras arriba.

—¡Lo conseguí! —exclamó, pasando a duras penas por el umbral.

Unos segundos después atravesaba la puerta de la cocina y salía disparado al jardín. *Dogface* estaba tumbado cerca de la valla, pero se levantó de un brinco al ver acercarse al gigante y se puso a ladrar asustado, moviendo la cola como un loco. Luego dio media vuelta y se marchó a toda velocidad.

Kermit y Andy salieron detrás de Evan, entre gritos y vítores.

—¡Lo has conseguido! ¡Estás libre!

Evan se volvió hacia ellos.

—Sí, ¿pero ahora qué? —preguntó—. ¿Qué voy a hacer? Soy tan alto como el edificio del garaje. ¿Hasta dónde voy a crecer?

Kermit se le acercó.

—¡Mira, me das sombra! —dijo.

La sombra de Evan caía sobre el jardín como si fuera un árbol.

—Vete a freír espárragos, Kermit. Oye, tengo un problema, por si no te habías dado cuenta.

—A lo mejor deberías ir al médico —sugirió Andy.

—¿Al médico? —gritó Evan—. ¿Qué puede hacer un médico?

—Ponerte a régimen —bromeó la niña.

Evan se inclinó y la miró con gesto amenazador.

—Andy, te lo advierto, una bromita más y…

—Vale, vale. —Andy levantó las manos como para protegerse—. Lo siento. Sólo quería animarte un poco.

Evan soltó un gruñido.

—No creo que un médico pudiera ayudarme. Además, no cabría en su consulta.

—A lo mejor, si le llevamos el tarro de Sangre de Monstruo preparara un antídoto —dijo Andy—. Una cura o algo.

Evan fue a replicar, pero en ese momento se oyeron unos gritos al otro lado de la valla.

—¡Ya está bien, Conan! —suplicó una niña.

—¡Sí, déjanos en paz! —gritó un chico.

Evan se acercó pesadamente y miró hacia el jardín de Conan. Conan Barber estaba blandiendo un bate de béisbol y tenía a dos niños arrinconados contra la valla.

—¡Déjanos! —dijo la niña—. ¿Por qué eres tan malo?

Conan balanceaba el bate cada vez más cerca. Los chicos lanzaron un grito.

Evan se inclinó sobre el cercado y su amplia sombra cayó sobre el matón.

—¿Quieres jugar al béisbol conmigo, Conan? —bramó.

Los dos pequeños se dieron la vuelta de pronto y se quedaron mirando al descomunal Evan. Cuando se dieron cuenta de que era un auténtico gigante humano, estallaron en gritos.

Conan se quedó boquiabierto. Un sonido estrangulado escapó de su garganta.

—¿Qué, Conan, practicamos un poco con el bate? —preguntó Evan con voz atronadora. Alargó la mano y se lo arrebató.

Los dos niños pequeños salieron corriendo sin dejar de gritar. Atravesaron a toda velocidad el seto del jardín y desaparecieron de la vista.

Evan cogió el bate con las dos manos y lo partió por la mitad como si fuera un palillo de dientes. Conan estaba petrificado. Por fin señaló a Evan con un dedo tembloroso;

—Evan… tú… tú… tú… —balbució.

Evan tiró los dos trozos del bate a los pies de Conan, que tuvo

que apartarse de un salto.

—¡Has comido Sangre de Monstruo! —le acusó el matón—. ¡Esa pasta verde y pegajosa que comió *Cuddles* el año pasado! Has comido de eso, ¿verdad?

Evan no quería acordarse de *Cuddles*, el hámster. Aquella criatura se había convertido en un enorme monstruo feroz después de comer Sangre de Monstruo. *Cuddles* había recuperado su tamaño sólo porque la Sangre de Monstruo era vieja y estaba pasada.

Pero la Sangre que él había comido era nueva y fresca. «Y ahora yo soy la bestia feroz», pensó tristemente.

—¿Estás loco? ¡Tú estás como una cabra! ¿Por qué has comido Sangre de Monstruo? —preguntó Conan.

—Fue un accidente.

Conan seguía mirándole de hito en hito, pero ya no con expresión de miedo. De pronto se echó a reír.

—¡Me alegro de que te pasara a ti y no a mí!

—¿Eh? ¿Por qué?

—¡Porque me dan miedo las alturas! —replicó Conan, riéndose otra vez—. ¡Siempre he sabido que eras un imbécil, Evan! ¡Pero ahora eres un imbécil de campeonato!

Evan lanzó un furioso rugido y se abalanzó hacia adelante. Intentó pasar por encima de la cerca, pero no levantó el pie lo suficiente y la hizo astillas de una patada.

—¡Eh! —gritó Conan alarmado.

Intentó salir corriendo, pero Evan fue mucho más rápido: lo cogió por debajo de los brazos y lo levantó por los aires como si no pesara nada.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chilló el matón, agitando los brazos y las piernas como si fuera un bebé.

—No sabía que,te daba miedo la altura —dijo Evan, levantándole todavía más.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¿Qué me vas a hacer?

—¡Vamos a ver si sabes volar! —exclamó Evan.

—¡Nooooo! —resonó el chillido de Conan, que no dejaba de agitarse y dar patadas. Evan lo levantó un poco más—. ¡Suéltame! ¡Bájame!

—Muy bien. Te voy a bajar. —Y dejó a Conan en una rama alta

de un árbol.

Conan se aferró al tronco como si le fuera la vida en ello, temblando y llorando.

—¡Evan, no me dejes aquí! ¡Por favor! Ya te he dicho que me da miedo la altura. ¡Evan, ven! ¡Evan!

Pero Evan dio media vuelta, con una enorme sonrisa en los labios.

—¡Ha sido divertidísimo! —dijo a sus amigos.

Conan seguía gimiendo y llorando en el árbol.

—¡Ha sido genial! —exclamó Evan, sin dejar de sonreír—. ¡Genial!

—¿Adónde vas? —preguntó Andy.

—Sí, ¿qué vas a hacer ahora? —quiso saber Kermit.

—¡Esto es guay! —declaró Evan. Después de vengarse de Conan estaba mucho más animado—. ¡Voy a seguir divirtiéndome!

—¡Yupiiiii! —gritó Kermit, corriendo para alcanzarle.

Evan agachó la cabeza para no darse un golpe con una rama y siguió avanzando hacia la calle.

—¡Ah! —exclamó. Había pisado algo. Oyó un crujido bajo su enorme zapatilla de deporte. Cuando se dio la vuelta vio que Kermit se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Oh, no! —chilló el niño—. ¡Has aplastado a Andy! ¡Evan, has aplastado a Andy!

19

Evan levantó bruscamente el pie y Kermit soltó una aguda carcajada.

—¡Has picado!

Andy se acercó corriendo.

—¡No ha tenido ninguna gracia, Kermit! Evan se ha llevado un susto de muerte.

—¡Ya lo sé! —rió el niño, encantado.

Evan suspiró de alivio y se agachó para ver qué había aplastado. Era el monopatín de Conan, que estaba hecho astillas.

—Se acabaron las bromas —le dijo enfadado a Kermit—. Si no, te pondré en el árbol con Conan.

—Vale, vale —masculló su primo—. Te crees muy duro porque eres muy grande.

Evan le señaló con el dedo.

—Ten cuidado, Kermit —advirtió—. Puedo aplastarte con un solo dedo.

—Conan todavía está gritando ahí arriba —informó Andy.

Evan sonrió.

—Vamos a ver quién hay en los columpios. A lo mejor le damos una sorpresa a alguien más.

Evan cruzó la calle a grandes zancadas. Le parecía estar caminando sobre unos zancos. «Qué guay —pensó—. ¡Soy la persona más grande del mundo!»

En ese momento pasó al lado de la canasta de baloncesto de los vecinos, que estaba en un poste. «¡Pero si soy casi dos metros más

alto que esa canasta!»

—¡Eh, espera! —exclamó Andy sin aliento—. ¡No vayas tan deprisa!

—No puedo evitarlo.

Un pequeño coche azul se detuvo con un chirrido de frenos. La mujer y los dos niños que iban dentro miraron boquiabiertos a Evan. Otra niña dobló la esquina en bicicleta y se llevó tal susto al verlo que frenó de golpe y casi se tragó el manillar. Luego dio media vuelta y se alejó a toda velocidad.

Evan se echó a reír. Otro coche se detuvo de pronto y Evan se volvió para ver quién iba dentro, pero paró en seco al oír un crujido. Bajó la vista conteniendo el aliento… ¡Y vio que había aplastado otro coche!

—¡Oh, no! —exclamó. Había aplastado el coche con el pie como si fuera de papel de aluminio.

Evan retrocedió horrorizado. ¿Habría alguien dentro? Se puso de rodillas para mirar por la ventana.

—¡Gracias a Dios! —dijo, al ver que el coche estaba vacío.

—¡Guau! —Kermit se puso a dar vueltas en torno al coche—. ¡Debes de pesar por lo menos una tonelada, Evan!

Andy se le acercó por detrás.

—Ten cuidado —advirtió—. Tienes que mirar dónde pones los pies.

Evan asintió con la cabeza.

—Por lo menos creo que he dejado de crecer.

Al llegar al parque infantil, Evan vio a varios chicos que gritaban y señalaban el enorme arce de la esquina. «¿Qué estará pasando?», se preguntó. Se acercó y vio que un gatito no podía bajar de la copa del árbol.

—¡Eh, no pasa nada! —bramó Evan.

Los niños empezaron a gritar al ver que Evan se acercaba y retrocedieron llenos de miedo. Evan cogió al gatito de la rama y se lo tendió suavemente al niño más cercano.

—¡Muchas gracias! —Una sonrisa apareció en el rostro pecoso del muchacho.

Los demás chicos estallaron en vítores y Evan hizo una reverencia. Andy se echó a reír.

—Vas a necesitar una capa roja y unos pantalones azules muy ajustados —le gritó—. ¡Superevan!

—¡Superevan! —gritaron los niños, que se alejaban felices con el gatito.

Evan se inclinó para hablar con Andy.

—Si me quedo así de grande, ¿crees de verdad que me darían trabajo de superhéroe?

—Me parece que está muy mal pagado —intervino Kermit—. En los cómics nunca se ve que esos tíos cobren nada.

Cruzaron la calle en dirección al parque infantil. Evan miró el edificio de ladrillo rojo del colegio. «Qué pequeño —pensó—. Si me acerco podré asomarme a las ventanas de las clases del segundo piso. ¿Cómo voy a ir ahora al colegio? No puedo entrar por la puerta y desde luego no quepo en el aula de la.señora McGrady.»

Sintió una oleada de tristeza y se alejó del edificio. Entonces oyó gritos y vítores. Los niños estaban jugando un partido de *softball*.

Evan reconoció a Billy Denver, a Brian Johnson y a algunos de los otros jugadores. Siempre les había suplicado que le dejaran jugar con ellos, pero jamás le habían aceptado en el equipo porque no era un buen bateador.

Ahora se acercó al campo a grandes zancadas. Andy y Kermit iban corriendo detrás de él. Brian, que estaba a punto de lanzar, se detuvo en seco al verle y se le cayó la pelota de las manos. Todos los jugadores contuvieron el aliento y luego estallaron en gritos.

Evan se acercó al montículo de lanzamiento.

Brian tenía tanto miedo que se le salían los ojos de las órbitas.

—¡No me pegues! —suplicó, alzando las manos para defenderse.

—¡Pero si es Evan! —exclamó Billy—. ¡Mirad! ¡Es Evan!

Los chicos se acercaron inquietos, murmurando. Brian bajó las manos lentamente y se quedó mirando al gigantesco Evan.

—¡Oye, pero si eres tú! ¡Evan! ¿Qué te ha pasado?

—Sí, ¿qué te ha pasado? —gritó otro chico.

—¡Ha hecho demasiado deporte! —contestó Andy.

Los chicos se echaron a reír, aunque con una risa nerviosa. «Andy siempre tiene un chiste a punto», pensó Evan.

—Esto… ¿quieres jugar? —preguntó Brian—. Puedes entrar en mi equipo.

—¡No, en el mío! —dijo Billy.

—¡Ni hablar! ¡Está en mi equipo! —insistió Brian—. A nosotros nos faltaba uno.

—¡Pues éste vale por dos! —bromeó Andy.

Todos se echaron a reír.

Billy y Brian siguieron peleándose por Evan, que se lo estaba pasando de miedo. Cogió un bate de madera. Antes siempre le parecía muy pesado, pero ahora era tan ligero como un lápiz. Por fin Billy ganó la discusión.

—Ahora bateas tú, Evan —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo puedo lanzarle la pelota? ¡Es un gigante! —se quejó Brian.

—Pues tírala muy alta —sugirió Evan.

—Oye, ¿tus padres saben que has crecido así? —preguntó Billy.

Evan tragó saliva. No había pensado en sus padres. En ese momento debían de estar llegando a casa después del trabajo. No les iba a gustar nada todo aquello. ¿Cómo iba a darles la noticia?

«No tengo que darles la noticia —se dijo—. ¡Ya verán por sí mismos lo que ha pasado!»

Evan se echó el bate al hombro.

—Ojalá tuviera un bate más grande —murmuró. Ese tenía el tamaño de una pajita.

—¡Dale, Evan! —gritó Billy.

—¡Dale, Evan! —le animaron todos los demás.

El primer lanzamiento de Brian le pasó entre los tobillos.

—¡Más alto! ¡Tienes que lanzar más alto!

—Ya lo intento—gruñó Brian.

La segunda vez, la pelota pasó por las rodillas de Evan.

—Es muy difícil lanzar tan alto —se quejó Brian—. Esto no es justo.

—¡Haz que falle, Brian! —gritó el primera base—. Puedes hacerlo. ¡Evan siempre falla!

«Es cierto —pensó Evan con tristeza—. Casi siempre fallo.»

Cogió el bate con más fuerza y se lo colocó bien sobre el hombro, preguntándose si ahora que era tan grande batearía mejor, ¡Quizá sus fallos fueran también más grandes!

Brian lanzó más alto esta vez y Evan pegó con todas sus fuerzas.

El bate golpeó la pelota con un choque ensordecedor… y se partió en dos pedazos. La bola subió, subió, subió… Salió del campo de juego, pasó por encima del colegio y se perdió de vista.

Los jugadores estallaron en vítores y exclamaciones de admiración. Evan vio desaparecer la pelota, dio un brinco y echó a correr hacia las bases. ¡Fue la mejor carrera de toda la historia!

Sólo tenía que dar cuatro pasos para llegar de una base a otra. Acababa de llegar a la segunda cuando oyó las sirenas. Al volverse hacia la calle vio los dos coches de bomberos que se acercaban a toda velocidad hacia el campo.

Las sirenas cesaron de sonar en cuanto los vehículos se detuvieron bruscamente en la línea de la primera base. Evan se detuvo en la tercera base y se quedó con la boca abierta al ver salir a Conan de uno de los camiones, seguido de varios bomberos de uniforme negro.

—¡Ahí está! —gritó Conan, señalándole—. ¡Es él! ¡Cogedle!

20

Los bomberos, muy serios, empezaron a sacar las mangueras de los camiones. Otros se acercaron a Evan con hachas en las manos y gesto amenazador.

—¡Es él! —chillaba Conan—. ¡Es el que me subió al árbol y destrozó la valla de mis padres!

—¿Eh? —Evan seguía petrificado en la tercera base.

¿Era verdad lo que estaba pasando? En el campo de juego todo eran gritos de sorpresa, pero las voces quedaron ahogadas por otras sirenas.

Evan vio primero las parpadeantes luces rojas. Luego dos coches de policía entraron rugiendo en el campo y se detuvieron con un chirrido sobre la hierba detrás de los camiones de bomberos. Un hombre y una mujer se acercaron corriendo a ellos.

—¡Es ése! —exclamaron sin aliento, señalando a Evan—. Es el que aplastó el coche. ¡Nosotros lo vimos!

Los bomberos estaban muy atareados conectando las mangueras a las bocas de riego de la acera. El campo estaba plagado de policías uniformados de azul. Los niños de los dos equipos se apiñaban en el montículo de lanzamiento. Todos parecían confusos y asustados.

—¡Intentó matarme! —dijo Conan a una oficial de policía—. ¡Ese gigante me dejó colgado en un árbol!

—¡Y aplastó un coche! —exclamó una mujer.

Evan, que no se había movido de la tercera base, miró a Andy y Kermit, al fondo del campo. Kermit tenía aquella estúpida y dentuda sonrisa. Andy se había llevado las manos a la boca para

hacer bocina y le estaba gritando algo. Pero con el ruido de las sirenas y los chillidos de todo el mundo, Evan no la oyó.

Algunos policías y bomberos se apiñaron y se pusieron a hablar sin dejar de mirar a Evan. «¿Qué me van a hacer? —se preguntó el niño, muerto de miedo—. ¿Salgo corriendo? ¿Intento explicar lo que ha pasado?»

Cada vez se acercaba más gente y todos, al ver al gigante, ponían cara de miedo y sorpresa. «Me está mirando todo el mundo —se dijo él—. ¡Todos me señalan como si fuera un monstruo! Aunque la verdad es que soy un monstruo», tuvo que admitir.

Los bomberos formaron una hilera, con las hachas a la altura de la cintura. Otros prepararon las mangueras y apuntaron al pecho de Evan. Se oyeron más sirenas y llegaron al campo más coches de policía.

Un joven oficial de pelo rizado y bigote rojizo se le acercó.

—¿Cómo… te… llamas? —gritó, pronunciando despacio cada palabra, como si Evan apenas supiera hablar.

—Evan. Evan Ross.

—¿Vienes de otro planeta?

—¿Eh? —Evan se echó a reír sin poder evitarlo. Algunos de los chicos se rieron también.

—Vivo en Atlanta —le dijo por fin al oficial—. Detrás de la esquina, en Brookridge Drive.

Varios policías y bomberos se taparon los oídos. La voz de Evan era mucho más fuerte de lo que pensaban. El niño se acercó unos pasos. Los bomberos levantaron una manguera y prepararon las hachas.

—¡Es peligroso! —gritó Conan—. ¡Cuidado! ¡Es muy peligroso!

Todos estallaron en gritos. El campo de juego estaba lleno de gente. Estaban los vecinos, los niños y sus padres. Los coches se detenían y sus ocupantes salían a ver qué pasaba. Cada vez llegaban más coches de policía cuyas sirenas se unían al estruendo general, junto con los gritos y los murmullos de miedo.

El ruido, las miradas, los dedos acusadores… Evan estaba empezando a marearse. Le temblaban las piernas y le palpitaba la frente.

La policía había formado un cordón y empezaba a rodearle.

Entonces Evan explotó.

—¡No puedo más! —chilló, levantando los puños—. ¡Basta! ¡Ya está bien! ¡Fuera todos! ¡Dejadme en paz, lo digo en serio!

Las sirenas cesaron, las voces se apagaron. Silencio. En ese momento el oficial pelirrojo se volvió hacia los otros:

—Se ha vuelto violento. ¡Tenemos que reducirlo!

21

Evan no tuvo tiempo de asustarse. Las mangueras resoplaron y gorgotearon… y de pronto lanzaron chorros de agua. Evan se agachó intentando esquivarlos. La fuerza del agua barrió el suelo a su lado.

Evan se inclinó hacia un costado. «¡Uf! ¡Qué chorro más potente! —pensó horrorizado—. ¡Me va a tirar!»

Sobre el fragor de las mangueras se alzaban gritos de miedo. Evan se lanzó contra el cordón de policías.

—¡No disparen! —chilló—. ¡No disparen! ¡No soy de otro planeta! ¡Soy un niño!

No sabía si le oían o no. Pasó por delante de varios mirones. Una enorme escalera de bomberos se interponía en su camino.

Evan se detuvo y miró atrás. Los bomberos giraron las mangueras. Los poderosos chorros trazaron un arco y el agua cayó en el suelo justo detrás de Evan, con un estallido atronador. Niños y padres poseídos por el pánico corrían frenéticamente en todas direcciones.

Evan respiró hondo, dobló las rodillas y saltó por encima del camión de bomberos que tenía delante, oyendo gritos de sorpresa a sus espaldas. Cayó con fuerza al otro lado y se tambaleó, pero logró recuperar el equilibrio. Entonces echó a correr.

Sus largas piernas se movían a toda velocidad. Al llegar a la calle, apareció de pronto una rama como surgida de la nada. Evan agachó la cabeza justo a tiempo. Las hojas le arañaron la frente, pero él no dejó de correr.

«Tengo que tener cuidado con las ramas de los árboles —advirtió—. Tengo que recordar que mido dos pisos de altura.»

Siguió corriendo por la calle, jadeando. El último rayo de sol se hundía tras los árboles. Las sombras eran más largas y más oscuras. La de Evan se extendía delante de él y parecía medir un kilómetro.

De pronto oyó las sirenas, gritos de enfadado, martilleo de pasos. Le perseguían.

«¿Dónde puedo esconderme? —se preguntó—. ¿Dónde estaré a salvo? ¿En casa? No, es el primer sitio donde mirarán. ¿Dónde? ¿Dónde?»

Le costaba ordenar sus pensamientos. Sabía que le perseguían de cerca, y que querían acabar con él.

Si pudiera pararse en alguna parte, cerrar los ojos y pensar… Tal vez entonces se le ocurriera un plan.

Pero tenía que seguir corriendo. La cabeza y el pecho le dolían. Sus largas piernas lo alejaban rápidamente del campo de juego, pero todavía se sentía torpe con los pies tan abajo y la cabeza tan arriba.

«Me esconderé en casa de Kermit», pensó. Pero rápidamente se dio cuenta de que era una mala idea.

—¡No quepo en casa de Kermit! —exclamó en voz alta—. ¡Soy demasiado grande!

Entonces se le ocurrió algo horrible: «¡No quepo en ninguna casa! ¿Dónde voy a dormir? Además, ¿me dejarán dormir? ¿Es que no ve la policía que soy un niño?», se preguntó amargamente.

Dobló una esquina y pasó corriendo por delante de su casa. Todas las luces estaban apagadas y la puerta cerrada. En el camino no había ningún coche. Sus padres todavía no habían llegado del trabajo.

Siguió corriendo, siempre agachado, intentando esconderse detrás de los setos.

«¿Es que no ven que soy un niño y no un extraterrestre? ¿Cómo pueden pensar que soy tan peligroso?»

Todo era por culpa de Conan, decidió. Conan los había vuelto locos con sus demenciales historias. Aunque esta vez las demenciales historias eran ciertas.

«¿Y ahora dónde me meto? ¿Dónde me escondo?»

Encontró la respuesta al acercarse al jardín de Kermit. Dos casas más allá había un solar vacío donde habían apilado un montón de madera. Alguien iba a construir una casa.

Jadeando y con la frente chorreando de sudor, Evan echó a correr por el solar y se agachó detrás de la pila de madera. Cayó de rodillas, se apoyó contra ella intentando recuperar el aliento y se enjugó el sudor con la manga de la camiseta.

«Descansaré aquí un rato —decidió mientras se sentaba—. Si agacho los hombros la madera me ocultará de la vista. Además, se está fresquito y desde aquí puedo vigilar la casa de Kermit.

»Sí, es un buen escondite. Luego, cuando anochezca, iré a mi casa e intentaré explicar a mis padres lo que ha pasado.»

Se apoyó contra la pila de madera y cerró los ojos.

Justo empezaba a relajarse un poco cuando oyó un grito:

—¡Ahí está!

22

Evan abrió los ojos de golpe e intentó ponerse en pie. Pero entonces vio quién había gritado.

—¡Kermit! —exclamó furioso—. ¡Casi me matas del susto!

Kermit esbozó su enervante sonrisa.

—Sabía que te esconderías aquí, Evan. Soy muy listo. —Entonces se volvió y gritó—: ¡Está aquí! ¡Lo he acertado!

Un instante después Andy asomaba cuidadosamente la cabeza. Se quedó mirando a Evan un momento y entonces sonrió.

—¿Estás bien? —preguntó—. Estaba muy preocupada.

—Sí, estoy bien… por ahora —replicó Evan con amargura.

—¡Te está buscando todo el mundo! —exclamó Kermit excitado—. ¡Es increíble! ¡Como en las películas!

—¡Prefiero no salir en ninguna película! Esta película es horrible.

—¡Y tienen armas y todo! —prosiguió Kermit muy animado, sin escuchar las quejas de Evan—. ¿Y has visto las mangueras? ¡Son increíbles! ¡Todos quieren cogerte!

—Creen que eres un extraterrestre —añadió Andy, moviendo la cabeza.

—¿Y quién les ha dicho eso? ¿Conan? —preguntó Evan.

—Conan les ha dicho que eres muy peligroso —contestó Kermit, con la sonrisa que Evan tanto odiaba.

—¡Y soy peligroso! —declaró él, lanzando un gruñido amenazador que acabó de golpe con la sonrisa de Kermit—. ¿Qué voy a hacer? —preguntó a Andy—. No voy a pasarme la vida

huyendo. Al final me cogerán. Si vosotros me habéis encontrado, la policía también me encontrará.

Evan lanzó un hondo suspiro.

—No puedo esconderme en ningún sitio. ¡Soy demasiado grande! ¿Qué debo hacer?

Andy se rascó el brazo y frunció la cara en gesto pensativo.

—Pues…

De pronto, al mirar a Andy, Evan supo exactamente qué hacer, supo cuál era la solución del problema.

23

Evan se levantó de un salto con el corazón acelerado y una enorme sonrisa apareció en su rostro.

—Evan, ¿qué pasa? —preguntó Andy sobresaltada.

—¡Ya sé lo que hacer! —exclamó Evan—. ¡Todo se va a solucionar!

—¡Agáchate! —exclamó Kermit—. Se oyen las sirenas. ¡Te van a ver!

Evan, con la emoción, se había olvidado de que era más alto que el montón de madera. Volvió a ponerse de rodillas. Aun así era mucho más alto que Kermit y Andy.

Las sirenas estaban cada vez más cerca. Evan miró alrededor. El sol se había puesto tras los árboles, el cielo estaba casi gris y el aire era más fresco.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Evan. Puso una mano en el delgado hombro de su primo—. Kermit, tienes que ayudarme.

Los ojillos de ratón de Kermit se dilataron de emoción tras los cristales de las gafas.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer?

—La fórmula azul —contestó Evan, apretándole el hombro—. ¿Te acuerdas de la fórmula azul?

—¿Cu…cuál?

—¡La que encogió la picadura de mosquito! —exclamó Andy, adivinando de pronto lo que pensaba Evan.

—Eso es —prosiguió él—. Al ver a Andy rascarse el brazo me he acordado. Tu fórmula azul encogió la picadura de mosquito al

instante.

—¡A lo mejor también encoge a Evan! —concluyó Andy dando un brinco.

Kermit asintió con la cabeza, pensativo.

—Sí, a lo mejor.

—Me la untaré en todo el cuerpo y recuperaré mi tamaño normal —concluyó Evan muy contento.

—¡Funcionará, seguro! —dijo Andy entusiasmada, y se puso a saltar lanzando vítores. Luego tiró del brazo de Kermit—. Venga, Kermit, ¡date prisa! Vamos a tu sótano. Todavía tendrás un poco, ¿no?

Kermit entornó los ojos intentando recordar.

—Creo que sí —les dijo—. Aunque se perdió mucha, ¿no os acordáis? Pero creo que todavía queda algo.

—¡Tienes que tenerla! —exclamó Evan. Se levantó—. Vamos, deprisa.

Las sirenas se acercaban cada vez más. Kermit asomó la cabeza al otro lado de la pila de madera.

—¡Un coche de policía! —susurró—. Están inspeccionando esta manzana.

—Es mejor que nos esperes aquí —dijo Andy a Evan.

Evan movió la cabeza.

—Ni hablar. Voy con vosotros. Quiero ponerme ese mejunje azul lo antes posible. —Agachó la cabeza—. Iremos por los jardines traseros. Nadie nos verá.

—No, Evan… —comenzó Andy. Pero se interrumpió al ver que Evan echaba a andar rápidamente hacia la casa de Kermit.

Dogface salió a saludarles ladrando encantado y se lanzó contra Kermit con tal ímpetu que estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—Shhh. ¡Quieto, muchacho! ¡Quieto! —dijo Kermit, acariciándolo para que dejara de ladrar—. Que no nos oiga nadie.

Dogface miró entonces a Evan y se quedó muy quieto. Se tumbó en el suelo mirándolo con suspicacia, jadeando y moviendo la cola como un loco.

Evan miró a un lado y otro del camino. No había ningún coche.

—Tu madre no ha llegado todavía, Kermit —dijo.

—Debe de haberse quedado a trabajar hasta tarde. Mejor. Es

nuestro día de suerte.

Evan lanzó una amarga carcajada.

—Sí, menudo día de suerte.

Kermit y Andy fueron corriendo a la puerta de la cocina. Evan quiso ir tras ellos, pero de pronto se acordó de que no cabía en la casa.

—Espera aquí —dijo Andy—. Que no te vea nadie.

Evan asintió con la cabeza.

—¡Daos prisa, por favor!

Cuando sus amigos desaparecieron por la puerta, Evan se sentó detrás de la casa y le hizo al perro una señal de que se acercase. Necesitaba abrazarse a algo. Pero el animal se lo quedó mirando sin moverse.

«Toda la ciudad me está buscando —pensó Evan con tristeza—. Toda la ciudad está buscando a un gigante, pero nunca lo encontrará porque dentro de un instante recuperaré mi tamaño normal.»

Luego todo volvería a ir bien. Evan miró la casa. ¿Por qué tardaban tanto? ¿Es que no encontraban el frasco del líquido azul?

Respiró hondo. «Que no cunda el pánico —se dijo—. Hace sólo un instante que han entrado. Pronto saldrán y todo irá bien.»

Para pasar el tiempo se puso a contar muy despacio hasta diez. Luego contó otra vez, y cuando estaba a punto de iniciar la cuenta de nuevo se abrió de pronto la puerta y salió Kermit con el frasco azul. Andy iba tras él.

—¡Lo encontré! —gritó el niño.

Evan se puso de rodillas y tendió la mano ansiosamente.

—Rápido, dámelo.

Kermit se lo ofreció y Evan le arrebató el frasco con tantas prisa que se le resbaló y se cayó.

—¡Aah! —Evan lanzó un grito de horror… y lo cogió justo antes de que se estrellara contra el suelo.

—¡Guau! ¡Qué reflejos! —dijo Kermit.

Evan tenía el corazón en un puño. Respiró hondo y agarró la botella con fuerza.

—Qué poco ha faltado —murmuró. El frasco le resultaba tan diminuto que parecía de juguete.

A lo lejos se oyeron las sirenas. Todavía seguían buscando al gigante.

—Espero que esta vez dé resultado —dijo Evan.

Levantó la botella, se la volcó en la otra mano y esperó.

Siguió esperando.

Por fin, una gotita de líquido azul le cayó en la palma. Nada más. Evan sacudió el frasco con fuerza, como si fuera un bote de ketchup. Luego se lo llevó al ojo y miró dentro. Entonces lanzó un hondo y triste suspiro y lo tiró al suelo.

—Está vacío —informó—. Totalmente vacío.

24

—Ya sabía yo que no quedaba mucho —murmuró Kermit, moviendo la cabeza.

La botella vacía se metió rodando debajo de un arbusto. *Dogface* se acercó a olisquearla.

—Estoy acabado —mascculló Evan. Olvidando la fuerza que tenía, dio una patada a una piedra, que salió disparada por los aires y desapareció por encima de la casa.

—Ten cuidado —advirtió Andy—. No vayas a romper una ventana.

—¿Qué importa? —saltó Evan—. Mi vida está arruinada.

—¡No! —exclamó Kermit—. Te pondrás bien, Evan. —Echó a correr hacia la casa—. ¡Ahora vuelvo!

—¿Adónde vas? —preguntó Evan de mal humor.

—¡A preparar otro frasco! Sólo tardaré un momento, Evan. Tengo todos los ingredientes.

Evan se animó un poco.

—¿De verdad conseguirás hacerlo? —le preguntó a su primo.

—Claro. —Kermit tendió los puños con los pulgares hacia arriba —. Me parece que me acuerdo de cómo hice el otro. Prepararé otra vez la fórmula azul y volveré en un instante.

Kermit desapareció en la casa.

—¡Yo también voy! —dijo Andy. Miró a Evan—. Intentaré limpiar un poco el laboratorio mientras Kermit prepara el líquido, porque como llegue tu tía a casa y vea el desastre, te vas a encontrar en un buen lío.

Evan lanzó una débil carcajada.

—¡Un buen lío! Muy graciosa, Annndrea. Eres la pera.

—No me llames Andrea —le espetó ella sin hacer caso de su sarcasmo.

Andy se metió en la casa. *Dogface* se hartó de olfatear la botella azul y se acercó a inspeccionar la cerca que Evan había destrozado anteriormente.

Evan suspiró. «¿Me reconocerá ahora mi perro?», se preguntó. *Trigger*, el cocker spaniel de Evan, había sido'el primero en comer Sangre de Monstruo y se había puesto más grande que un caballo.

«¿Tendrá *Trigger* pesadillas con eso?», se dijo Evan. Estaba seguro de que él sí tendría pesadillas durante mucho tiempo.

Miró el reloj. Era casi la hora de cenar. Sus padres estarían a punto de llegar a casa y la madre de Kermit aparecería también en cualquier momento.

—¡Pues menuda sorpresa se va a llevar cuando me vea! —exclamó en voz alta.

En ese momento se volvió hacia la casa y vio que Kermit salía con una botella llena de líquido azul en la mano.

—¿Ves? ¡No ha habido problemas!

Evan cogió la botella con cuidado. Andy se acercó.

—Venga, úntatela. Deprisa.

Evan se echó un poco de líquido azul en la mano y se frotó las mejillas, la frente, el cuello. Luego se lo untó en los brazos y se levantó la camiseta para ponerse en el pecho.

«Que funcione, por favor —suplicó en silencio—. Por favor, que funcione.»

Se volvió hacia sus amigos.

—¿Veis alguna diferencia?

25

Andy estaba con la boca abierta. Kermit, con los ojos desorbitados, emitió un sonido ahogado.

—¿Qué? —insistió Evan ansioso—. ¿Hay algún cambio?

—Pues… bueno… eh… —balbució Kermit.

—¡Te has vuelto azul! —exclamó Andy.

—¿Cómo? —Debía de haber oído mal.

—¡Tienes la piel azul! —gimió Andy apretándose las mejillas con las manos.

—¿Cómooo? —chilló Evan—. ¿Quieres decir que…? ¡*HIP*! —Un tremendo hipido le sacudió todo el cuerpo. Evan se miró las manos —. ¡Son… son azules! —exclamó—. ¡*HIP*! —Su enorme cuerpo volvió a estremecerse como sacudido por un terremoto.

Evan se quitó frenéticamente la camiseta y se miró la tripa. Era azul. Y los brazos, y el pecho. Azul brillante.

—¡*HIP*! ¡Esto es la pera! —chilló—. ¡Soy azul y… *HIP*… encima tengo hipo!

Miró furioso a su primo. Kermit estaba tan asustado que le temblaban las piernas y le chocaban las rodillas entre sí.

—Pu… puedo hacerlo —dijo—. ¡De verdad! Es que ahora la he preparado mal, pero enseguida vuelvo con otra fórmula.

Echó a correr hacia la casa y al llegar a la puerta se volvió hacia Evan.

—No te muevas, ¿vale?

Evan lanzó un furioso rugido, interrumpido por un hipido ensordecedor.

—¿Adónde quieres que vaya? —chilló a pleno pulmón—. ¿Adónde puedo, ¡*HIP*!, ir?

La puerta se cerró detrás de Kermit. Evan lanzó otro rugido y blandió sus puños azules por encima de la cabeza. Luego se puso a pasear a un lado y otro del camino, hipando cada pocos segundos.

—Intenta calmarte un poco —le dijo Andy—. Te van a oír.

—¡No, HIP, puedo calmarme! —se quejó él amargamente—. ¡Mírame!

—Pero te van a oír los vecinos. O te van a ver y llamarán a la policía.

Evan replicó con un hipido tan fuerte que estuvo a punto de caerse.

Kermit salió corriendo de la casa con otra botella de líquido azul.

—¡Toma! ¡A ver ahora!

—¡*HIP*! —contestó Evan.

Sin decir ni una palabra volcó la botella y se frotó frenéticamente el líquido azul en las mejillas, la frente, los brazos, el pecho…

Se subió los téjanos y se untó las rodillas y las piernas. Se quitó las zapatillas de deporte y los calcetines y se echó el líquido azul por los pies y los tobillos.

—¡Tiene que funcionar! —exclamó—. ¡Esta vez tiene que funcionar!

Andy y Kermit lo miraban ansiosos. Todos esperaron, pero no pasó nada. No hubo ningún cambio.

Entonces Evan comenzó a sentirlo.

—¡Oye! ¡Tengo un hormigueo! —anunció contentísimo.

Sentía el mismo cosquilleo eléctrico que antes, el cosquilleo que experimentó cuando estaba creciendo.

—¡Sí! —gritó—. ¡Sí!

El hormigueo era cada vez mayor y se extendía por todo su cuerpo.

—¡Está funcionando! ¡Lo, HIP, noto! ¡Está funcionando! ¡Tengo un cosquilleo! ¡Me pica! ¡Está funcionando!

—No —murmuró Andy.

26

—¿Eh? —Evan la miró.

El hormigueo se convirtió en un violento picor. Evan comenzó a rascarse, pero apartó la mano porque se notó la piel muy rara.

—No ha funcionado —dijo Andy tristemente y con voz trémula.

—¡Agh! ¡Es asqueroso! —declaró Kermit con cara de asco.

—¿Eh? ¡*HIP*!

Evan se miró los brazos y lanzó un horrorizado gemido.

—¡P… p… plumas! —chilló. Se miró el vientre, las piernas—. ¡Nooooo! —Un largo gemido escapó de su pecho. Tenía todo el cuerpo cubierto de esponjosas plumas blancas—. ¡Nooooo! ¡*HIP*! ¡Nooooo!

—Lo siento —dijo Kermit—. No sé qué ha salido mal. Pensaba que esta vez había acertado con la fórmula.

—Pareces un águila enorme —comentó Andy—. Solo que las águilas no son azules.

—¡*HIP*!

—Y tampoco tienen hipo —añadió Andy, mirándole preocupada —. Pobre Evan. Te debe de picar un montón. La verdad es que hoy tienes un mal día.

Evan se rascó frenético las plumas del pecho.

—La cosa no puede ir peor —murmuró.

En ese momento vio el coche de policía que paraba delante de la casa.

27

— ¡*HIP*! —gritó Evan. Se apartó del camino y se agachó detrás de la casa—. ¡La policía! —susurró.

Se le hizo un nudo de miedo en la garganta. Tenía todas las plumas de punta.

«¿Qué hago? —se preguntó, apretándose contra la pared de la casa—. ¿Echo a correr o me entrego?»

—Lo intentaré una vez más —dijo Kermit, entrando en la casa —. Déjame que lo intente una vez más. ¡Ahora sí que acertaré!

La puerta se cerró a sus espaldas.

—¡Date prisa! —le apremió Andy—. ¡La policía está saliendo del coche!

—¿Cuántos son? —susurró Evan. Le picaban las plumas, pero estaba tan asustado que no podía ni rascarse.

—Dos —contestó Andy mirando hacia la calle—. Y tienen pinta de enfadados.

Una súbita ráfaga de aire frío agitó las plumas de Evan. Todo su cuerpo tembló.

—Se acercan por el camino —informó Andy—. ¡Llegarán en unos segundos!

—Yo me largo —dijo Evan. Dio un paso y estuvo a punto de caerse. Era muy difícil correr con los pies cubiertos de plumas. Le picaba todo el cuerpo. Se apretó de nuevo contra la casa—. Estoy condenado —murmuró.

—Se han parado en la puerta principal —dijo Andy—. Todavía tienes unos segundos.

—¡Date prisa, Kermit! ¡Date prisa! —exclamó Evan. Se volvió hacia la puerta trasera, pero su primo no aparecía.

¿Conseguiría hacer la fórmula correcta esta vez? ¿Podría llevársela antes de que los policías entraran en el jardín?

Entonces se abrió la puerta y Kermit salió como un rayo. Tropezó con el escalón y estuvo a punto de tirar la botella azul, pero logró recuperar el equilibrio.

—Buena suerte —le dijo a Evan, dándole la botella.

Luego levantó las manos con los dedos cruzados.

—Ahí llega la policía —advirtió Andy—. Y viene muy deprisa.

El frasco temblaba en manos de Evan. El niño se vertió el líquido en su enorme mano y comenzó a frotarse frenéticamente las plumas.

«Que funcione, por favor —suplicó en silencio—. ¡Que funcione!» Esperó un momento.

Kermit le miraba esperanzado, con los dedos cruzados.

—¡Ahí están! —gritó Andy desde el camino.

Evan tragó saliva. La fórmula no había funcionado. Nada había cambiado. Los dos policías de uniforme se acercaron a la parte trasera de la casa.

—Hola —dijo uno de ellos a Andy.

28

Evan oyó un fuerte ¡*PLOP*!

De pronto notó que se caía y lanzó un grito. Tendió la mano y se agarró a la pared de la casa. Tardó un instante en darse cuenta de que no caía. Había encogido.

Los dos oficiales de policía entraron en el jardín. Uno era muy alto, el otro bajo y regordete.

—Sentimos molestaros, chicos —dijo el alto—. Pero nos ha llamado un vecino.

—¿Por qué? —preguntó Andy. Miró a Evan y le sorprendió verle de tamaño normal.

—¿No habéis visto un gigante por el barrio? —preguntó el policía bajo, entornando los ojos para dárselas de duro.

—¿Un gigante? ¿Qué tipo de gigante? —preguntó Kermit inocentemente.

—Un niño gigante.

Evan, Andy y Kermit negaron con la cabeza.

—Por aquí no ha venido —respondió Andy.

—No, no lo hemos visto —dijo Evan, sin poder evitar una sonrisa.

Su voz también era normal.

El oficial alto volvió a ponerse la gorra.

—Pues si lo veis tened cuidado —advirtió—. Es peligroso.

—Muy peligroso —añadió el bajo—. Llamadnos enseguida, ¿entendido?

Los policías echaron una última ojeada al jardín y volvieron a su

coche.

En cuanto desaparecieron, Evan estalló en alegres vítores. Andy y Kermit le dieron palmaditas en la espalda y todos chocaron las manos.

—¿Soy un genio o qué? —preguntó Kermit, con su dentuda sonrisa.

—¡O qué! —bromeó Evan.

Todavía se estaban riendo y celebrando el retorno de Evan a su tamaño normal cuando apareció por el camino la madre de Kermit. Al salir del coche se asombró de verlos fuera.

—Siento llegar tan tarde —dijo. Abrazó a Kermit—. ¿Qué tal ha ido el día?

Kermit miró a Evan y sonrió.

—Un poco aburrido.

—Sí, un poco aburrido —repitió Andy.

—Un poco aburrido —convino Evan.

Evan sabía que lo sucedido le provocaría pesadillas. La de esa noche fue terrible. En el sueño era un gigante perseguido por ratas gigantes. Todas las ratas se parecían a Kermit.

Evan se incorporó en la oscuridad, temblando de la cabeza a los pies.

—Sólo era una pesadilla —murmuró, mirando el reloj de la radio. Era medianoche—. Sólo una pesadilla.

Se enjugó el sudor de la frente con la manga del pijama. «Necesito un vaso de agua», se dijo.

Pero cuando quiso salir de la cama, se frenó en seco al ver lo lejos que estaba el suelo.

«¿Eh? ¿Qué está pasando?», se preguntó. Intentó encender la lámpara de la mesilla, pero era tan alta que quedaba fuera de su alcance. Se puso de pie en la cama y cuando se le acostumbraron los ojos a la oscuridad, vio que la cama se extendía casi hasta el infinito. Encima había un bulto enorme acurrucado.

«¡Soy pequeño! —se dijo Evan—. ¡Soy más pequeño que un ratón! ¡Kermit! ¡Kermit ataca de nuevo!» La fórmula para encogerlo había sido demasiado potente.

«Me he encogido, encogido y encogido… ¡Y ahora soy más pequeño que un ratón!»

—¡Le voy a dar una paliza! —gritó, pero su amenaza no era más que el chillidito de ratón.

Se acercó al borde de la cama y miró al suelo, abajo, muy abajo. De pronto oyó un rumor y un fuerte sonido que parecía el de los árboles agitados por un huracán. Una cabeza apareció delante de él. Dos ojos oscuros.

—¡No, *Triggerl* ¡Vuelve a dormirte! —suplicó Evan con su vocecilla—. ¡No, *Trigger*! ¡Abajo!

Sus chillidos habían despertado al perro. Evan recibió en la cara una vaharada de aliento caliente.

—¡Agh! ¡Qué asco!

Entonces notó unos dientes afilados en torno a la cintura y la saliva de *Trigger*.

—*¡Trigger*, suéltame! ¡Suéltame! —suplicó el niño.

El perro lo tenía bien cogido en la boca.

—¡*Trigger*! ¡Suéltame! ¿Adónde me llevas?

Recorrieron el oscuro pasillo. Evan notaba en todo el cuerpo el aliento caliente. Entraron en la habitación de sus padres y Evan vio que se estaban preparando para meterse en la cama.

El señor Ross se inclinó sobre *Trigger*.

—¿Qué tienes ahí, *Trigger*? ¿Has encontrado un hueso?

—¿Papá? —chilló Evan—. ¡Papá! ¡Papá! ¡Soy yo! ¿No me ves? ¿Papá? Oye… Creo que tenemos un pequeño problema.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.